

C. W. Leadbeater

El plano Astral

E LEJANDRIA

The background of the cover is a detailed illustration. It depicts a celestial or astral plane. In the upper center, a large, ornate, golden structure resembling a temple or a celestial city with multiple spires and domes is visible. A bright, circular light source, possibly a sun or moon, is positioned in the upper right corner. A winding, golden path or river flows from the foreground towards the central structure. The overall color palette is dominated by warm, golden-yellow and greenish tones, giving it an ethereal and ancient appearance.

C. W. Leadbeater

El plano Astral

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL PLANO ASTRAL

C. W. LEADBEATER

PUBLICADO: 1895
FUENTE: [HTTPS://WWW.GUTENBERG.ORG](https://www.gutenberg.org)
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

PREFACIO

Pocas palabras son necesarias para enviar este pequeño libro al mundo. Es el quinto de una serie de Manuales concebidos para satisfacer la demanda pública de una exposición sencilla de las enseñanzas teosóficas. Algunos se han quejado de que nuestra literatura es a un tiempo demasiado abstrusa, demasiado técnica y demasiado cara para el lector corriente, y es nuestra esperanza que la presente serie logre suplir lo que constituye una necesidad muy real. La Teosofía no es solo para los doctos; es para todos. Acaso entre quienes en estos pequeños libros vislumbren por primera vez sus enseñanzas, haya algunos a quienes estas conduzcan a penetrar más hondamente en su filosofía, su ciencia y su religión, afrontando sus problemas más abstrusos con el celo del estudiante y el ardor del neófito. Pero estos Manuales no están escritos para el estudiante ávido, a quien ninguna dificultad inicial puede arredrar; están escritos para los hombres y mujeres atareados del mundo cotidiano del trabajo, y buscan exponer con claridad algunas de las grandes verdades que hacen la vida más llevadera y la muerte más fácil de afrontar. Escritos por servidores de los Maestros que son los Hermanos Mayores de nuestra raza, no pueden tener otro objeto que servir a nuestros semejantes.

* * *

INTRODUCCIÓN

Se ha hecho referencia con frecuencia al plano astral, o Kâmaloka como se lo llama en sánscrito, por parte de los escritores teosóficos, y se encuentra dispersa aquí y allá en nuestros libros una buena cantidad de información sobre el tema de esta región de la naturaleza; pero no existe, que yo sepa, ningún volumen único al que uno pueda acudir para obtener un resumen completo de los hechos actualmente conocidos acerca de esta interesante región. El objeto de este manual es recopilar y ensayar cierto ordenamiento de esta información dispersa, y también complementarla ligeramente en los casos en que hayan llegado a nuestro conocimiento datos nuevos. Debe entenderse que tales añadidos son solo el resultado de las investigaciones de unos pocos exploradores y que, por tanto, no deben tomarse en modo alguno como autorizados, sino que se ofrecen simplemente por lo que puedan valer. Por otra parte, se ha tomado toda precaución en nuestro poder para garantizar la exactitud, sin admitirse en este manual ningún hecho, antiguo o nuevo, a menos que haya sido confirmado por el testimonio de al menos dos investigadores adiestrados e independientes entre nosotros, y que haya sido además dado por correcto por estudiantes de mayor antigüedad cuyo conocimiento sobre estos puntos es necesariamente muy superior al nuestro. Se espera, pues, que este relato del plano astral, aunque no pueda considerarse del todo completo, resulte no obstante fidedigno hasta donde alcanza.

El primer punto que es necesario aclarar al describir este plano astral es su absoluta *realidad*. Naturalmente, al emplear esa palabra

no hablo desde ese punto de vista metafísico según el cual todo, salvo lo Único No Manifestado, es irreal por ser impermanente; empleo la palabra en su sentido llano y cotidiano, y quiero decir con ello que los objetos y habitantes del plano astral son reales exactamente del mismo modo en que lo son nuestros propios cuerpos, nuestros muebles, nuestras casas o monumentos, tan reales como Charing Cross, por citar una expresiva observación de una de las primeras obras teosóficas. No perdurarán eternamente más de lo que perduran los objetos del plano físico, pero son no obstante realidades desde nuestro punto de vista mientras duran, realidades que no podemos permitirnos ignorar solo porque la mayoría de la humanidad sea aún inconsciente, o apenas vagamente consciente, de su existencia.

Parece existir un considerable malentendido, incluso entre los estudiantes teosóficos, respecto a esta cuestión de la realidad de los diversos planos del universo. Ello se debe quizá en parte a que la palabra «plano» se ha empleado en ocasiones con gran vaguedad en nuestra literatura —hablando los autores vagamente del plano mental, del plano moral, etcétera—; y esta vaguedad ha llevado a muchas personas a suponer que la información sobre el tema que se halla en los libros teosóficos es inexacta y especulativa, una mera hipótesis incapaz de demostración concluyente. Nadie puede formarse un concepto claro de las enseñanzas de la Religión de la Sabiduría hasta que no posea, al menos, una comprensión intelectual del hecho de que en nuestro sistema solar existen planos perfectamente definidos, cada uno con su propia materia de distintos grados de densidad, y que algunos de estos planos pueden ser visitados y observados por personas que se hayan capacitado para ello, exactamente igual que podría visitarse y observarse un país extranjero; y que, mediante la comparación de las observaciones de quienes trabajan constantemente en estos planos, puede obtenerse una prueba de su existencia y naturaleza al menos tan satisfactoria como la que la mayoría de nosotros posee de la existencia de Groenlandia o Spitzberg. Los nombres que suelen darse a estos planos, tomándolos en orden de materialidad,

ascendiendo del más denso al más sutil, son el físico, el astral, el devachánico, el sushúptico y el nirvánico. Por encima de este último hay otros dos, pero se hallan tan por encima de nuestro poder actual de concepción que por el momento pueden dejarse de lado. Ahora bien, debe entenderse que la materia de cada uno de estos planos difiere de la del inmediatamente inferior del mismo modo, aunque en un grado mucho mayor, en que el vapor difiere de la materia sólida; de hecho, los estados de la materia que llamamos sólido, líquido y gaseoso no son sino las tres subdivisiones más bajas de la materia perteneciente a este único plano físico.

La región astral que voy a intentar describir es el segundo de estos grandes planos de la naturaleza, el inmediato superior a (o interior a) ese mundo físico que a todos nos resulta familiar. Se lo ha llamado con frecuencia el reino de la ilusión, no porque sea en sí mismo más ilusorio que el mundo físico, sino a causa de la extremada falta de fiabilidad de las impresiones que de él trae consigo el vidente no adiestrado. Esto se debe principalmente a dos notables características del mundo astral: primera, que muchos de sus habitantes poseen un maravilloso poder de cambiar de forma con rapidez proteica, y también de proyectar un hechizo prácticamente ilimitado sobre aquellos con quienes eligen jugar; y segunda, que la vista en ese plano es una facultad muy distinta de la visión física, y mucho más extensa que ella. Un objeto se ve, por así decirlo, desde todos los lados a la vez, quedando el interior de un cuerpo sólido tan claramente abierto a la vista como el exterior; es, por tanto, evidente que un visitante inexperto de este nuevo mundo puede muy bien encontrar considerable dificultad en comprender lo que realmente ve, y aún más en traducir su visión al lenguaje, tan inadecuado, del habla ordinaria. Un buen ejemplo del tipo de error que suele producirse es la frecuente inversión de cualquier número que el vidente haya de leer en la luz astral, de modo que sería propenso a interpretar, digamos, 139 como 931, y así sucesivamente. En el caso de un estudiante de ocultismo adiestrado por un Maestro capaz, tal error sería imposible salvo por gran precipitación o descuido, puesto que semejante discípulo ha de

recorrer un curso largo y variado de instrucción en este arte de ver correctamente, presentándole el Maestro, o acaso algún discípulo más avanzado, una y otra vez todas las formas posibles de ilusión, y preguntándole: «¿Qué ves?». Los errores en sus respuestas son entonces corregidos y explicadas sus razones, hasta que poco a poco el neófito adquiere en el manejo de los fenómenos del plano astral una certeza y una confianza que superan con mucho cuanto es posible alcanzar en la vida física. Pero ha de aprender no solo a ver correctamente, sino a traducir con exactitud de un plano a otro el recuerdo de lo que ha visto; y para ayudarle en esto se le adiestra en trasladar su conciencia sin interrupción del plano físico al astral o devachánico y de vuelta, pues hasta que esto pueda lograrse existe siempre la posibilidad de que sus recuerdos se pierdan o distorsionen parcialmente durante el intervalo en blanco que separa sus períodos de conciencia en los distintos planos. Cuando se ha adquirido perfectamente el poder de trasladar la conciencia, el discípulo gozará de la ventaja de emplear todas las facultades astrales, no solo mientras está fuera de su cuerpo durante el sueño o el trance, sino también mientras se halla plenamente despierto en la vida física ordinaria.

Ha sido costumbre entre algunos teósofos hablar con desdén del plano astral y tratarlo como del todo indigno de atención; pero esto me parece una opinión un tanto errónea. Sin duda alguna, aquello a lo que debemos aspirar es al plano puramente espiritual, y sería sumamente desastroso que cualquier estudiante descuidara ese desarrollo superior y se diera por satisfecho con el logro de la conciencia astral. Hay quienes tienen un Karma tal que les permite desarrollar en primer lugar las facultades puramente espirituales, saltando por así decirlo el plano astral por el momento; y cuando más tarde traban conocimiento con él, gozan, si su desarrollo espiritual ha sido perfecto, de la inmensa ventaja de sumergirse en él desde arriba, con la ayuda de una percepción espiritual que no puede ser engañada y una fuerza espiritual a la que nada puede resistirse. Es, sin embargo, un error suponer, como algunos autores han hecho, que este sea el único, o siquiera el método ordinario,

adoptado por los Maestros de la Sabiduría con sus discípulos. Cuando es posible, ahorra mucho trabajo, pero para la mayoría de nosotros semejante progreso a saltos ha quedado vedado por nuestras propias faltas o locuras pasadas: todo lo que podemos esperar es abrírnos camino lentamente, paso a paso, y puesto que este plano astral se halla inmediato a nuestro mundo de materia más densa, es por lo común en relación con él donde tienen lugar nuestras primeras experiencias superfísicas. No carece, pues, en absoluto de interés para quienes no somos sino principiantes en estos estudios, y una comprensión clara de sus misterios puede a menudo revestir la mayor importancia para nosotros, no solo por permitirnos comprender muchos de los fenómenos de la sala de *sesiones*, de las casas encantadas, etc., que de otro modo resultarían inexplicables, sino también por precavernos a nosotros mismos y a los demás de posibles peligros.

La primera introducción a esta notable región llega a las personas de diversas maneras. Algunos, una sola vez en toda su vida, bajo alguna influencia insólita, se vuelven lo bastante sensibles para reconocer la presencia de uno de sus habitantes, y quizá, como la experiencia no se repite, terminan por creer que en aquella ocasión debieron de ser víctimas de una alucinación; otros se encuentran viendo y oyendo, con frecuencia cada vez mayor, algo a lo que quienes los rodean permanecen ciegos y sordos; otros, en fin —y acaso esta sea la experiencia más común de todas—, comienzan a recordar con creciente claridad lo que han visto u oído en aquel otro plano durante el sueño. Entre quienes hacen de estos temas objeto de estudio, algunos procuran desarrollar la vista astral mediante la contemplación de la esfera de cristal u otros métodos, mientras que aquellos que gozan de la inestimable ventaja de la guía directa de un maestro capacitado serán probablemente situados por primera vez en ese plano bajo su especial protección, protección que se mantendrá hasta que, mediante la aplicación de diversas pruebas, se haya cerciorado de que el discípulo está a salvo de cualquier peligro o terror que probablemente haya de encontrar. Pero, sea como fuere que ocurra, la primera comprobación efectiva de que nos hallamos

todo el tiempo en medio de un gran mundo lleno de vida activa, del cual, sin embargo, la mayoría de nosotros somos del todo inconscientes, no puede sino constituir, en cierta medida, una época memorable en la existencia de un hombre.

Tan abundante y tan multiforme es esta vida del plano astral que al principio resulta absolutamente desconcertante para el neófito; y aun para el investigador más avezado no es tarea fácil intentar clasificarla y catalogarla. Si al explorador de algún bosque tropical desconocido se le pidiera no solo que diera cuenta cabal del territorio que ha recorrido, con detalles exactos de sus producciones vegetales y minerales, sino que además indicara el género y la especie de cada una de las miríadas de insectos, aves, fieras y reptiles que ha visto, bien podría retroceder espantado ante la magnitud de la empresa: y sin embargo, ni siquiera esto ofrece parangón con los apuros del investigador psíquico, pues en su caso las cosas se complican aún más, primero por la dificultad de traducir correctamente de aquel plano a este el recuerdo de lo que ha visto, y segundo por la absoluta inadecuación del lenguaje ordinario para expresar buena parte de lo que ha de referir. No obstante, del mismo modo que el explorador del plano físico probablemente comenzaría su relato de un país con alguna especie de descripción general de su paisaje y sus características, será conveniente comenzar este breve bosquejo del plano astral procurando dar alguna idea del paisaje que forma el trasfondo de sus maravillosas y siempre cambiantes actividades. Sin embargo, ya de entrada nos enfrentamos a una dificultad casi insuperable, la extrema complejidad de la materia. Todos cuantos ven plenamente en ese plano coinciden en que intentar suscitar ante quienes tienen los ojos aún cerrados una imagen vívida de este paisaje astral es como hablarle a un ciego de la exquisita variedad de matices de un cielo al atardecer: por detallada y elaborada que sea la descripción, no hay certeza de que la idea que se forme en la mente del oyente sea una representación adecuada de la verdad.

ESCENARIO

Ante todo, pues, debe entenderse que el plano astral tiene siete subdivisiones, cada una de las cuales posee su correspondiente grado de materialidad y su correspondiente condición de materia. Ahora bien, numerándolas de la más elevada y menos material hacia abajo, hallamos que se agrupan naturalmente en tres clases, formando las divisiones 1, 2 y 3 una de tales clases, la 4, 5 y 6 otra, mientras que la séptima y más baja de todas permanece sola. La diferencia entre la materia de una de estas clases y la siguiente sería conmensurable con la que media entre un sólido y un líquido, mientras que la diferencia entre la materia de las subdivisiones de una misma clase se asemejaría más bien a la que existe entre dos clases de sólido, digamos, el acero y la arena. Dejando de lado por el momento la séptima, podemos decir que las divisiones 4, 5 y 6 del plano astral tienen por trasfondo el mundo físico en que vivimos y todos sus accesorios familiares. La vida en la sexta división es sencillamente nuestra vida ordinaria en esta tierra, menos el cuerpo físico y sus necesidades; mientras que, a medida que asciende por la quinta y la cuarta divisiones, se vuelve cada vez menos material, y se aparta cada vez más de nuestro mundo inferior y sus intereses.

El paisaje de estas divisiones inferiores es, pues, el de la tierra tal como la conocemos: pero es también mucho más que eso; pues, mirado desde este punto de vista distinto, con la ayuda de los sentidos astrales, incluso los objetos puramente físicos presentan un aspecto muy diferente. Como ya se ha mencionado, son vistos por quien tiene los ojos plenamente abiertos, no como de costumbre

desde un solo punto de vista, sino desde todos los lados a la vez — idea en sí misma bastante desconcertante—; y si a esto añadimos que cada partícula del interior de un cuerpo sólido es tan plena y claramente visible como las de la superficie, se comprenderá que en tales condiciones incluso los objetos más familiares pueden al principio resultar del todo irreconocibles. Sin embargo, basta un instante de reflexión para advertir que semejante visión se aproxima mucho más a la verdadera percepción que la vista física. Contemplado en el plano astral, por ejemplo, los lados de un cubo de cristal aparecerían todos iguales, como en realidad lo son, mientras que en el plano físico vemos el lado más alejado en perspectiva, es decir, nos parece más pequeño que el más próximo, lo cual es, desde luego, una mera ilusión. Es esta característica de la visión astral la que ha llevado a que a veces se la denomine visión en la cuarta dimensión, frase muy sugestiva y expresiva. Pero, además de estas posibles fuentes de error, las cosas se complican aún más por el hecho de que la vista astral percibe formas de materia que, aun siendo puramente físicas, resultan sin embargo invisibles en condiciones ordinarias. Tales son, por ejemplo, las partículas que componen la atmósfera, todas las diversas emanaciones que constantemente desprende cuanto posee vida, y también cuatro grados de un orden aún más sutil de materia física que, a falta de nombres más distintivos, deben describirse todos como etéricos. Estos últimos forman una especie de sistema propio, que interpenetra libremente toda la demás materia física; y la investigación de sus vibraciones y del modo en que las diversas fuerzas superiores los afectan constituiría por sí sola un vasto campo de estudio profundamente interesante para cualquier hombre de ciencia que poseyera la vista necesaria para examinarlas.

Aun cuando nuestra imaginación haya captado plenamente todo lo comprendido en lo ya dicho, no comprendemos todavía ni la mitad de la complejidad del problema; pues, además de todas estas nuevas formas de materia física, hemos de habérmolas con las subdivisiones, aún más numerosas y desconcertantes, de la materia astral. Debemos notar en primer lugar que todo objeto material,

incluso toda partícula, tiene su contrapartida astral; y esta contrapartida no es en sí misma un cuerpo simple, sino que suele ser sumamente compleja, estando compuesta de diversas clases de materia astral. Además de esto, cada criatura viviente se halla rodeada de una atmósfera propia, generalmente llamada su aura, y en el caso de los seres humanos esta aura constituye por sí misma una rama de estudio en extremo fascinante. Se la ve como una masa ovalada de niebla luminosa de estructura sumamente compleja, y por su forma se la ha llamado a veces el huevo áurico. Los lectores teosóficos se complacerán en saber que ya en la etapa temprana de su desarrollo en que el discípulo comienza a adquirir esta vista astral, es capaz de cerciorarse, mediante observación directa, de la exactitud de la enseñanza impartida por nuestra gran fundadora, Madame Blavatsky, sobre al menos algunos de los siete principios del hombre. Al contemplar a su semejante ya no ve solo su apariencia externa; exactamente coextensivo con ese cuerpo físico distingue con claridad el doble etérico, que en la literatura teosófica se ha solido llamar el Linga Sharîra; mientras que el Jîva, a medida que es absorbido y especializado en Prâna, a medida que circula en luz rosada por todo el cuerpo, a medida que finalmente irradia de la persona sana bajo su forma alterada, resulta también perfectamente evidente. Lo más brillante y más fácil de ver de todo, acaso, aunque perteneciente a un orden de materia bien distinto — el astral—, es el aura ká mica, que expresa mediante sus vívidos y siempre cambiantes destellos de color los distintos deseos que cruzan la mente del hombre de un momento a otro. Este es el verdadero cuerpo astral. Detrás de él, y compuesto de un grado más sutil de materia —el de los niveles rûpa del Devachan—, se halla el cuerpo devachánico o aura del Manas inferior, cuyos colores, que cambian solo por lentos grados a medida que el hombre vive su vida, muestran la disposición y el carácter de la personalidad; mientras que, aún más alta e infinitamente más hermosa, allí donde se halla claramente desarrollada, está la luz viviente del Kârana Sharîra, el aura o vehículo del Manas superior, que muestra el grado de desarrollo del verdadero Ego en su tránsito de nacimiento en

nacimiento. Pero para ver estas cosas el discípulo ha de haber desarrollado algo más que la mera visión astral.

Ahorrá al estudiante mucho trabajo si aprende desde el principio a considerar estas auras no como meras emanaciones, sino como la manifestación misma del Ego en sus respectivos planos; si comprende que es el huevo áurico el hombre real, y no el cuerpo físico que en este plano cristaliza en medio de él. Mientras el Ego reencarnante permanece en el plano que es su verdadero hogar, en los niveles arûpa del Devachan, el cuerpo que habita es el Kârana Sharîra; pero cuando desciende a los niveles rûpa debe, para poder funcionar en ellos, revestirse de su materia; y la materia que así atrae hacia sí constituye su cuerpo devachánico o cuerpo mental. Del mismo modo, al descender al plano astral forma su cuerpo astral o kámico con la materia de este, aunque, naturalmente, conservando todos los demás cuerpos; y en su descenso aún más profundo hasta este plano, el más bajo de todos, el cuerpo físico se forma en medio del huevo áurico, que contiene así al hombre entero. Relatos más completos de estas auras se hallarán en la *Transacción* n.º 18 de la Logia de Londres y en un artículo mío reciente publicado en *The Theosophist*, pero lo dicho aquí basta para mostrar que, como todas ellas ocupan el mismo espacio (que por lo demás comparten también con el aura de salud física), interpenetrando lo más sutil a lo más denso, se necesita un estudio cuidadoso y mucha práctica para que el neófito pueda distinguir con claridad, de un solo vistazo, una de otra. No obstante, el aura humana, o más comúnmente alguna parte de ella tan solo, no pocas veces es uno de los primeros objetos puramente astrales que ve el no adiestrado, aunque en tal caso sus indicaciones son, como es natural, muy propensas a ser malinterpretadas.

Aunque el aura kámica, por lo llamativo de sus destellos de color, resulte a menudo más conspicua, el éter nervioso y el doble etérico son en realidad de un orden de materia mucho más denso, hallándose, hablando con propiedad, dentro de los límites del plano físico, aunque invisibles a la vista ordinaria. Ha sido costumbre en la literatura teosófica describir el Linga Sharîra como la contrapartida

astral del cuerpo humano, habiéndose aplicado por lo común la palabra «astral» a todo aquello que escapa al conocimiento de nuestros sentidos físicos. Sin embargo, a medida que una investigación más minuciosa nos permite ser más precisos en el empleo de nuestros términos, nos vemos obligados a admitir buena parte de esta materia invisible como puramente física, y por tanto a definir el Linga Sharîra ya no como el astral, sino como el doble etérico. Este nombre parece apropiado, puesto que consiste en diversos grados de esa materia que los científicos llaman «éter», aunque este resulta, tras el examen, no ser una sustancia aparte, como se ha supuesto generalmente, sino un estado de subdivisión más sutil que el gaseoso, al que puede reducirse cualquier clase de materia física mediante la aplicación de las fuerzas apropiadas. El nombre de «doble etérico» se empleará, pues, en adelante en los escritos teosóficos en lugar de «Linga Sharîra»: y este cambio no solo nos dará la ventaja de un nombre inglés claramente indicativo del carácter del cuerpo al que se aplica, sino que también nos librára de los frecuentes malentendidos surgidos del hecho de que a ese nombre que hasta ahora hemos venido empleando se le atribuye, en todos los libros orientales, una significación enteramente distinta. No debe suponerse, sin embargo, que al introducir este cambio de nomenclatura estemos en modo alguno proponiendo una concepción nueva; simplemente estamos alterando, en aras de una mayor exactitud, las etiquetas antes aplicadas a ciertos hechos de la naturaleza. Si examinamos con facultad psíquica el cuerpo de un niño recién nacido, lo hallaremos permeado no solo de materia astral de todo grado de densidad, sino también de los diversos grados de materia etérica; y si nos tomamos la molestia de rastrear estos cuerpos internos hasta su origen, hallamos que es de esta última de donde se forma el doble etérico —el molde sobre el cual se construye el cuerpo físico—, por obra de los agentes de los SEÑORES del Karma; mientras que la materia astral ha sido reunida por el Ego descendente —no conscientemente, claro está, sino de manera automática— a su paso por el plano astral. (Véase el *Manual* n.º IV, p. 44.)

En la composición del doble etérico ha de entrar algo de todos los diferentes grados de materia etérica; pero las proporciones pueden variar en gran medida, y están determinadas por varios factores, tales como la raza, la subraza y el tipo de un hombre, así como por su Karma individual. Cuando se recuerda que estas cuatro subdivisiones de materia están compuestas de numerosas combinaciones que, a su vez, forman agregaciones que entran en la composición del «átomo» del llamado «elemento» del químico, se verá que este segundo principio del hombre es sumamente complejo, y el número de sus posibles variaciones prácticamente infinito, de modo que, por complicado e inusual que pueda ser el Karma de un hombre, los LIPIKA son capaces de proporcionar un molde con arreglo al cual puede formarse un cuerpo que le convenga exactamente.

Otro punto más merece mención en relación con el aspecto que presenta la materia física vista desde el plano astral, y es que la vista astral posee el poder de aumentar a voluntad la más minúscula partícula física hasta el tamaño que se desee, como por medio de un microscopio, aunque su poder de aumento es enormemente mayor que el de cualquier microscopio jamás construido o que jamás sea probable construir. La molécula y el átomo hipotéticos postulados por la ciencia son, pues, realidades visibles para el estudiante ocultista, aunque este los reconoce como mucho más complejos en su naturaleza de lo que el hombre de ciencia ha llegado hasta ahora a descubrir. He aquí de nuevo un vasto campo de estudio de absorbente interés al que podría dedicarse fácilmente todo un volumen; y un investigador científico que llegara a adquirir esta vista astral en su perfección no solo vería inmensamente facilitados sus experimentos con los fenómenos ordinarios y conocidos, sino que además vería extenderse ante él perspectivas enteramente nuevas de conocimiento que necesitarían más de una vida entera para su examen cabal. Por ejemplo, una novedad curiosa y muy hermosa que la aparición de esta visión pondría ante él sería la existencia de otros colores, enteramente distintos, más allá de los límites del espectro ordinariamente visible, siendo los rayos ultrarrojos y

ultravioleta que la ciencia ha descubierto por otros medios claramente perceptibles a la vista astral. No debemos, sin embargo, permitirnos seguir estos fascinantes senderos secundarios, sino que hemos de reanudar nuestro intento de dar una idea general del aspecto del plano astral.

Resultará ya evidente a estas alturas que, aunque, como se ha dicho, los objetos ordinarios del mundo físico forman el trasfondo de la vida en ciertos niveles del plano astral, se ve sin embargo tanto más de su aspecto y sus características reales que el efecto general difiere ampliamente de aquel con el que estamos familiarizados. A modo de ilustración, tomemos una roca como ejemplo de la clase más sencilla de objetos. Contemplada con vista adiestrada, no es una simple masa inerte de piedra. En primer lugar, se ve la totalidad de la materia física de la roca, en lugar de una parte muy pequeña de ella; en segundo lugar, son perceptibles las vibraciones de sus partículas físicas; en tercer lugar, se ve que posee una contrapartida astral compuesta de diversos grados de materia astral, cuyas partículas están también en constante movimiento; en cuarto lugar, se ve que el Jîva o vida universal circula a través de ella y irradia de ella; en quinto lugar, se verá un aura que la rodea, aunque esta sea, desde luego, mucho menos extensa y variada que en el caso de los reinos superiores; en sexto lugar, se ve su correspondiente esencia elemental que la permea, siempre activa pero siempre fluctuante. En el caso de los reinos vegetal, animal y humano, las complicaciones son naturalmente mucho más numerosas.

Podrá objetar algún lector que ninguna de estas complejidades es descrita por la mayoría de los psíquicos que ocasionalmente atisban el mundo astral, ni son tampoco referidas en las *sesiones* por las entidades que allí se manifiestan; pero esto se explica fácilmente. Pocas personas no adiestradas, vivas o muertas, ven las cosas en ese plano tal como realmente son hasta después de muy larga experiencia; e incluso quienes ven plenamente están a menudo demasiado aturridos y confusos para comprender o recordar: y entre la muy pequeña minoría que a la vez ve y recuerda apenas hay quienes sean capaces de traducir el recuerdo al lenguaje de

nuestro plano inferior. Muchos psíquicos no adiestrados jamás examinan sus visiones científicamente en absoluto: se limitan a obtener una impresión que puede ser del todo correcta, pero que también puede ser medio falsa, o incluso enteramente engañosa.

Tanto más probable resulta esta última hipótesis cuando tenemos en cuenta las frecuentes tretas que juegan los traviesos moradores del otro mundo, frente a las cuales la persona no adiestrada suele estar absolutamente indefensa. Debe recordarse también que el habitante regular del plano astral, sea humano o elemental, es en circunstancias ordinarias consciente solo de los objetos de ese plano, siéndole la materia física tan enteramente invisible como lo es la materia astral para la mayoría de la humanidad. Puesto que, como se ha señalado antes, todo objeto físico tiene su contrapartida astral, que *sería* visible para él, podría pensarse que la distinción es trivial, y sin embargo constituye una parte esencial de la concepción simétrica del asunto. Si, no obstante, una entidad astral trabaja constantemente a través de un médium, estos sentidos astrales más sutiles pueden llegar gradualmente a embotarse hasta el punto de volverse insensibles a los grados más elevados de materia de su propio plano, e incluir en su campo de percepción, en cambio, el mundo físico tal como lo vemos nosotros; pero solo el visitante adiestrado procedente de esta vida, plenamente consciente en ambos planos, puede confiar en ver ambos con claridad y simultaneidad. Que quede entendido, pues, que la complejidad existe, y que solo cuando se la percibe plenamente y se la desentraña de manera científica existe una seguridad perfecta contra el engaño o el error.

También para la séptima subdivisión, o la más baja, del plano astral puede decirse que este mundo físico nuestro constituye el trasfondo, aunque lo que en ella se ve es solo una visión distorsionada y parcial de él, pues todo cuanto es luz, bondad y belleza parece invisible. Así se la describía hace cuatro mil años en el papiro egipcio del Escriba Ani: «¿Qué clase de lugar es este al que he llegado? No tiene agua, no tiene aire; es profundo, insondable; es negro como la noche más negra, y los hombres vagan por él sin

rumbo ni auxilio; en él ningún hombre puede vivir con quietud de corazón». Para la desdichada entidad de ese nivel es en verdad cierto que «toda la tierra está llena de tinieblas y de crueles moradas», pero es una tiniebla que irradia de su propio interior y que hace que su existencia transcurra en una noche perpetua de maldad y horror: un infierno bien real, aunque, como todos los demás infiernos, enteramente obra del hombre mismo.

La mayoría de los estudiantes considera la investigación de esta sección una tarea en extremo desagradable, pues parece existir en ella una sensación de densidad y grosera materialidad indeciblemente repugnante para el cuerpo astral liberado, que le produce la sensación de abrirse paso a través de un fluido negro y viscoso, siendo además los habitantes e influencias que allí se encuentran, por lo común, en extremo indeseables.

La primera, la segunda y la tercera subdivisiones parecen hallarse mucho más alejadas de este mundo físico, y correspondientemente son menos materiales. Las entidades que habitan estos niveles pierden de vista la tierra y cuanto a ella pertenece; suelen estar profundamente absortas en sí mismas, y crean en gran medida su propio entorno, aunque este no es puramente subjetivo, como en el Devachan, sino, por el contrario, lo bastante objetivo como para ser percibido por otras entidades y también por la visión clarividente. Esta región es, sin duda alguna, la «Tierra del Verano» de la que tanto se oye hablar en las sesiones espiritistas, y las entidades que descienden de ella y la describen dicen probablemente la verdad, hasta donde alcanza su conocimiento. Es en estos planos donde los «espíritus» llaman a la existencia temporal sus casas, sus escuelas y sus ciudades, pues estos objetos son a menudo bastante reales durante un tiempo, aunque para una vista más clara puedan a veces resultar lamentablemente distintos de lo que sus complacidos creadores suponen que son. No obstante, muchas de las imaginaciones que allí toman forma poseen una belleza real, aunque temporal, y un visitante que no conociera nada más elevado podría vagar allí bastante contento entre bosques y montañas, hermosos

lagos y amenos jardines floridos, o incluso construir tales entornos a la medida de sus propias fantasías.

Puede decirse de paso que la comunicación está limitada en el plano astral por el conocimiento de la entidad, exactamente igual que aquí. Mientras que una persona capaz de funcionar libremente en ese plano puede comunicarse con cualquiera de las entidades humanas allí presentes con mayor facilidad y rapidez que en la tierra, por medio de impresiones mentales, los propios habitantes no suelen parecer capaces de ejercer este poder, sino que se hallan restringidos por limitaciones semejantes a las que prevalecen en la tierra, aunque quizá menos rígidas. El resultado de ello es que se los encuentra asociándose, allí como aquí, en grupos formados por simpatías, creencias e idioma comunes.

Un relato del paisaje del plano astral quedaría incompleto sin mencionar lo que comúnmente se llama los Registros de la Luz Astral, la representación fotográfica de todo cuanto ha sucedido jamás. Estos registros están real y permanentemente impresos en ese medio superior llamado el Âkâsha, y solo se reflejan de manera más o menos espasmódica en la luz astral, de modo que quien no posea un poder de visión que se eleve por encima de este plano probablemente obtendrá solo imágenes ocasionales y deslavazadas del pasado, en lugar de un relato coherente. Pero, con todo, imágenes de toda clase de sucesos pasados se reproducen constantemente en el plano astral, y forman una parte importante del entorno del investigador allí.

HABITANTES

Habiendo esbozado, aunque solo sea levemente, el trasfondo de nuestro cuadro, debemos ahora intentar llenar las figuras: describir a los habitantes del plano astral. La inmensa variedad de estas entidades hace en extremo difícil ordenarlas y catalogarlas. Quizá el método más conveniente sea dividir las en tres grandes clases: la humana, la no humana y la artificial.

I. HUMANOS

Los moradores humanos de Kâmaloka se dividen naturalmente en dos grupos, los vivos y los muertos, o, para hablar con mayor exactitud, aquellos que aún tienen un cuerpo físico y aquellos que no lo tienen.

1. VIVOS

Las entidades que se manifiestan en el plano astral durante la vida física pueden subdividirse en cuatro clases:

1. *El Adepto o chela en el Mâyâvirûpa*. Este cuerpo es el vehículo artificial empleado en las cuatro divisiones inferiores, o rûpa, del plano devachánico por aquellos capaces de funcionar allí durante la vida terrena, y está formado con la sustancia del cuerpo mental. El discípulo es al principio incapaz de construirse por sí mismo, y ha de contentarse, por tanto, con su cuerpo astral ordinario, compuesto de la materia menos refinada del aura kármica; pero en cierta etapa de su progreso el propio Maestro le forma su Mâyâvirûpa por primera vez, y a partir de entonces lo instruye y asiste hasta que puede formárselo por sí mismo con facilidad y prontitud. Una vez alcanzada esta habilidad, este vehículo se emplea habitualmente en lugar del cuerpo astral, más tosco, puesto que permite el paso instantáneo del plano astral al devachánico y de vuelta, a voluntad, y admite en todo momento el empleo de los poderes superiores propios de su plano. Debe notarse, sin embargo, que una persona que viaja en el Mâyâvirûpa no es perceptible para la mera vista astral, a menos que decida hacerse perceptible reuniendo a su

alrededor partículas de materia astral y creándose así un cuerpo temporal adecuado a ese plano, aunque tal creación temporal se asemejaría al cuerpo astral ordinario tan solo como una materialización se asemeja al cuerpo físico; en ambos casos se trata de la manifestación de una entidad superior en un plano inferior, con el fin de hacerse visible a quienes tienen sentidos que todavía no pueden trascender ese plano. Pero ya se halle en el Mâyâvirûpa o en el cuerpo astral, el discípulo que es introducido en el plano astral bajo la guía de un maestro competente posee siempre allí la más plena conciencia posible, y es de hecho él mismo, exactamente como lo conocen sus amigos en la tierra, menos únicamente los cuatro principios inferiores en el primer caso y los tres inferiores en el segundo, y más los poderes y facultades adicionales de esta condición superior, que le permiten llevar a cabo con mucha mayor facilidad y mucha mayor eficacia, en ese plano, durante el sueño, el trabajo teosófico que ocupa buena parte de su pensamiento en las horas de vigilia. El que recuerde plena y exactamente en el plano físico lo que ha hecho o aprendido en el otro depende en gran medida, como ya se ha dicho, de si es capaz de trasladar su conciencia sin interrupción de un estado al otro.

2. La persona psíquicamente desarrollada que no se halla bajo la guía de un Maestro. Tal persona puede estar espiritualmente desarrollada o no, pues las dos formas de progreso no van necesariamente unidas, y cuando un hombre nace con poderes psíquicos ello es simplemente el resultado de esfuerzos realizados en una encarnación anterior, esfuerzos que pueden haber sido del carácter más noble y desinteresado, o que, por el contrario, pueden haber sido ignorantes y mal dirigidos, o incluso enteramente indignos. Una persona así estará por lo general perfectamente consciente cuando se halle fuera del cuerpo, pero, por falta de la debida instrucción, es propensa a engañarse en gran medida respecto a lo que ve. A menudo será capaz de recorrer las diferentes subdivisiones del plano astral casi tan cabalmente como las personas pertenecientes a la clase anterior; pero a veces se siente especialmente atraída por alguna división en concreto y rara vez

viaja más allá de sus influencias. Su recuerdo de lo que ha visto puede variar, según el grado de su desarrollo, a través de todos los estadios, desde la claridad perfecta hasta la más completa distorsión o el olvido absoluto. Aparecerá siempre en el cuerpo astral, puesto que, por hipótesis, no sabe cómo formar el Mâyâvirûpa.

3. *La persona corriente* —esto es, la persona sin ningún desarrollo psíquico— flotando en su cuerpo astral en un estado más o menos inconsciente. En el sueño profundo, los principios superiores, en su vehículo astral, casi invariablemente se retiran del cuerpo y se ciernen en su inmediata vecindad, prácticamente casi tan dormidos como este último. En algunos casos, sin embargo, este vehículo astral es menos letárgico, y flota soñadoramente sobre las diversas corrientes astrales, reconociendo ocasionalmente a otras personas en un estado similar, y viviendo experiencias de todo tipo, placenteras y desagradables, cuyo recuerdo, desesperadamente confuso y a menudo desfigurado hasta convertirse en una grotesca caricatura de lo que realmente sucedió, hará que el hombre piense a la mañana siguiente qué sueño tan singular ha tenido. Estos cuerpos astrales extruidos son casi informes y de contorno muy indefinido en el caso de las razas e individuos más atrasados, pero a medida que el hombre se desarrolla en inteligencia y espiritualidad, su astral flotante se vuelve mejor definido y se asemeja más estrechamente a su envoltura física. Puesto que las facultades psíquicas de la humanidad se hallan en curso de evolución, y los individuos se encuentran en todos los estadios de su desarrollo, esta clase se funde naturalmente, por gradaciones imperceptibles, con la anterior.

4. *El mago negro o su discípulo*. Esta clase corresponde estrechamente a la primera, salvo que el desarrollo se ha orientado hacia el mal en vez de hacia el bien, y los poderes adquiridos se emplean con fines puramente egoístas en lugar de para el beneficio de la humanidad. Entre sus rangos inferiores figuran miembros de la raza negra que practican los espantosos ritos de las escuelas del obeah o el vudú, y los hechiceros de no pocas tribus salvajes; mientras que, en un nivel intelectual más alto, y por ello más censurables, se hallan los magos negros tibetanos, a quienes los

europesos llaman a menudo, aunque de manera incorrecta, Dûgpas —título que, como explica muy correctamente el cirujano mayor Waddell en su reciente obra sobre *El budismo del Tíbet*, pertenece propiamente tan solo a la subdivisión butanesa de la gran secta Kargyu, que forma parte de lo que podría llamarse la escuela semirreformada del budismo tibetano—. Los Dûgpas se dedican sin duda en buena medida a la magia tántrica, pero la verdadera secta de los gorros rojos, enteramente no reformada, es la de los Ñin-mâ-pa, aunque muy por debajo de ellos, en un abismo aún más bajo, se hallan los Bön-pa, los devotos de la religión aborígen, que jamás han aceptado forma alguna de budismo. No debe suponerse, sin embargo, que todas las sectas tibetanas, salvo la Gelûgpa, sean necesaria y enteramente malvadas; una visión más acertada sería que, como las reglas de las demás sectas permiten una laxitud de vida y de práctica considerablemente mayor, la proporción de personas egoístas entre ellas es probablemente mucho mayor que entre los reformadores más estrictos. El investigador se encontrará ocasionalmente en el plano astral con estudiantes de ocultismo de todas partes del mundo (pertenecientes a logias del todo ajenas a los Maestros que los teósofos mejor conocen) que son en muchos casos buscadores de la verdad de lo más sinceros y abnegados. Es de notar, sin embargo, que todas esas logias son al menos conscientes de la existencia de la gran Hermandad Himalaya, y la reconocen como poseedora, entre sus miembros, de los más elevados Adeptos hoy conocidos en la tierra.

2. MUERTOS

Para empezar, desde luego, esta misma palabra «muertos» es un absurdo nombre inapropiado, puesto que la mayoría de las entidades clasificadas bajo este epígrafe están tan plenamente vivas como lo estamos nosotros mismos; el término debe entenderse en el sentido de aquellos que por el momento no están unidos a un cuerpo físico. Pueden subdividirse en nueve clases principales, como sigue:

1. *El Nirmânakâya*.

Esta clase se menciona solo para completar el catálogo, pero es, desde luego, muy raro en verdad que un ser tan excelso se manifieste en un plano tan bajo como este. Cuando por alguna razón relacionada con su sublime labor lo considerara conveniente, probablemente crearía un cuerpo astral temporal a tal fin, tal como haría el Adepto en el Mâyâvirûpa, puesto que la vestidura más refinada sería invisible a la vista astral. Puede hallarse más información sobre la posición y la labor de los Nirmânakâyas en el *Glosario Teosófico* de Madame Blavatsky y en *La voz del silencio*.

2. El chela que aguarda la reencarnación.

Se ha afirmado con frecuencia en la literatura teosófica que, cuando el discípulo alcanza cierta etapa, es capaz, con la ayuda de su Maestro, de escapar a la acción de lo que en los casos ordinarios constituye la ley de la naturaleza que lleva a un ser humano a la condición devachánica tras la muerte, para recibir allí su justa recompensa en el pleno despliegue de todas las fuerzas espirituales que sus más altas aspiraciones han puesto en movimiento mientras estaba en la tierra. Puesto que el discípulo debe, por hipótesis, ser un hombre de vida pura y elevado pensamiento, es probable que en su caso estas fuerzas espirituales sean de una fuerza anormal, y por tanto, si «toma su Devachan», para emplear la expresión técnica, es probable que sea extremadamente largo; pero si, en lugar de tomarlo, elige el Sendero de la Renuncia (comenzando así, incluso en su bajo nivel y a su modesta manera, a seguir las huellas del Gran Maestro de la Renuncia, el propio GAUTAMA BUDA), es capaz de invertir esa reserva de fuerza en una dirección bien distinta: emplearla en beneficio de la humanidad, y así, por infinitesimal que sea su ofrenda, tomar su parte minúscula en la gran obra de los Nirmânakâyas. Al tomar este camino sacrifica sin duda siglos de intensa dicha, pero a cambio obtiene la enorme ventaja de poder continuar su vida de trabajo y progreso sin interrupción. Cuando un discípulo que ha decidido hacer esto muere, simplemente sale de su cuerpo, como ya ha hecho a menudo antes, y aguarda en el plano astral hasta que su Maestro pueda disponerle una reencarnación adecuada. Tratándose esto de un notable apartamiento del curso

habitual de proceder, es necesario obtener el permiso de una autoridad muy elevada antes de que pueda intentarse; y sin embargo, incluso una vez concedido, tan fuerte es la fuerza de la ley natural que se dice que el discípulo debe cuidar de mantenerse estrictamente confinado al Kâmaloka mientras se dispone el asunto, no sea que, si tan solo por un instante tocara el plano devachánico, pudiera verse arrastrado, como por una corriente irresistible, de nuevo a la línea de la evolución normal. En algunos casos, aunque son raros, se le permite evitar el trabajo de un nuevo nacimiento colocándolo directamente en un cuerpo adulto cuyo anterior ocupante ya no tiene uso para él, pero, naturalmente, no es frecuente que se disponga de un cuerpo adecuado. Con mucha mayor frecuencia ha de esperar en el plano astral, como ya se ha dicho, hasta que se presente la oportunidad de un nacimiento apropiado. Entretanto, sin embargo, no está perdiendo el tiempo, pues es tan plenamente él mismo como siempre lo ha sido, y es capaz de proseguir con la labor que le ha encomendado su Maestro con mayor rapidez y eficacia incluso que cuando estaba en el cuerpo físico, puesto que ya no se ve entorpecido por la posibilidad de la fatiga. Su conciencia es, desde luego, del todo completa, y recorre a voluntad todas las divisiones del Kâmaloka con igual facilidad. El chela que aguarda la reencarnación no es, ni mucho menos, uno de los objetos comunes del plano astral, pero aun así puede encontrársele ocasionalmente, y por ello forma una de nuestras clases. Sin duda, a medida que avance la evolución de la humanidad, y una proporción cada vez mayor emprenda el Sendero de la Santidad, esta clase se hará más numerosa.

3. La persona corriente después de la muerte.

Huelga decir que esta clase es millones de veces mayor que aquellas de las que hemos hablado, y el carácter y la condición de sus miembros varían dentro de límites extremadamente amplios. Dentro de límites igualmente amplios puede variar también la duración de sus vidas en el plano astral, pues mientras hay quienes pasan allí solo unos pocos días u horas, otros permanecen en este nivel durante muchos años, e incluso siglos. Un hombre que haya

llevado una vida buena y pura, cuyos sentimientos y aspiraciones más fuertes hayan sido desinteresados y espirituales, no sentirá atracción alguna por este plano, y hallará, si se le deja enteramente solo, poco que lo retenga en él o que lo despierte a la actividad, incluso durante el período comparativamente breve de su estancia. Pues debe entenderse que, tras la muerte, el hombre verdadero se está retirando hacia su propio interior, y del mismo modo que, en el primer paso de ese proceso, se despoja del cuerpo físico, y casi inmediatamente después del doble etérico y del Prâna, así se pretende que se despoje también, tan pronto como sea posible, del cuerpo astral o kámico, y pase a la condición devachánica, donde únicamente pueden hallar plena realización sus aspiraciones espirituales. El hombre noble y de mente pura podrá hacer esto, pues ha dominado todas las pasiones terrenales durante su vida; la fuerza de su voluntad se ha dirigido hacia canales más elevados, y queda, por tanto, muy poca energía de deseo inferior que deba agotarse en Kâmaloka. Su permanencia allí será en consecuencia muy breve, y lo más probable es que apenas tenga algo más que una semiconciencia soñolienta de la existencia hasta hundirse en el sueño durante el cual sus principios superiores se liberan por fin de la envoltura kámica y entran en el dichoso reposo del Devachan.

Para la persona que aún no ha emprendido el sendero del desarrollo oculto, lo descrito es el estado ideal de cosas, pero, naturalmente, no todos lo alcanzan, ni siquiera la mayoría. El hombre corriente no se ha liberado en modo alguno de los deseos inferiores antes de morir, y se necesita un largo período de vida más o menos plenamente consciente en el plano astral para permitir que las fuerzas que ha generado se agoten, liberando así al Ego superior. El cuerpo que ocupa durante este período es el Kâmarûpa, que puede describirse como un reordenamiento de la materia de su cuerpo astral; pero está mucho más definido en su contorno, y existe además esta diferencia importante entre ambos: mientras que el cuerpo astral, si estuviera lo bastante despierto durante la vida como para funcionar con cierta libertad, probablemente sería capaz de visitar todas, o al menos la mayoría, de las subdivisiones de su

plano, el Kâmarûpa no goza de esa libertad, sino que se halla estrictamente confinado al nivel hacia el cual lo han atraído sus afinidades. Tiene, sin embargo, cierta clase de progreso asociado a él, pues suele suceder que las fuerzas que un hombre ha puesto en movimiento durante su vida terrena necesitan, para su adecuado desarrollo, una estancia en más de una división del Kâmaloka, y cuando esto sucede se observa una secuencia regular, comenzando por la más baja; de modo que, cuando el Kâmarûpa ha agotado sus atracciones hacia un nivel, la mayor parte de sus partículas más groseras se desprenden, y se encuentra en afinidad con un estado de existencia algo más elevado. Su gravedad específica, por así decirlo, disminuye constantemente, y así asciende de manera constante de los estratos más densos a los más ligeros, deteniéndose solo cuando queda exactamente equilibrado durante un tiempo. Esta es, evidentemente, la explicación de una observación que hacen con frecuencia las entidades que se manifiestan en las sesiones, en el sentido de que están a punto de ascender a una esfera superior, desde la cual les será imposible, o no tan fácil, «comunicarse» a través de un médium; y es, de hecho, cierto que una persona situada en la más alta subdivisión de este plano encontraría casi imposible tratar con un médium corriente.

Convendría quizá explicar aquí que la nitidez de contorno que distingue al Kâmarûpa del cuerpo astral es de un carácter enteramente distinto de la nitidez que se describió como signo de progreso en el astral del hombre antes de morir. No puede haber jamás posibilidad alguna de confusión entre ambas entidades, pues mientras que, en el caso del hombre unido a un cuerpo físico, los diferentes órdenes de partículas astrales están todos inextricablemente mezclados y cambiando sin cesar de posición, tras la muerte su actividad queda mucho más circunscrita, puesto que entonces se ordenan según su grado de materialidad, y se convierten, por así decirlo, en una serie de envolturas o cascarones que lo rodean, hallándose siempre el más grosero en el exterior, y disipándose así antes que los demás. Esta disipación no es necesariamente completa, y el grado hasta el cual se lleva a cabo

está gobernado por el poder del Manas para liberarse de su conexión con un nivel dado; y de esto depende también, como se verá más adelante, la naturaleza de la «sombra».

La idea poética de la muerte como niveladora universal es un mero absurdo nacido de la ignorancia, pues, de hecho, en la gran mayoría de los casos la pérdida del cuerpo físico no supone diferencia alguna en el carácter o la inteligencia de la persona, y existen por ello tantas variedades diferentes de inteligencia entre quienes solemos llamar los muertos como entre los vivos. La enseñanza religiosa popular de Occidente respecto a las aventuras del hombre *post mortem* ha sido durante mucho tiempo tan disparatadamente inexacta que incluso personas inteligentes suelen quedar terriblemente desconcertadas cuando recobran la conciencia en Kâmaloka tras la muerte. La condición en que se encuentra el recién llegado difiere de tal modo radical de lo que se le había hecho esperar que no es infrecuente el caso de que se niegue al principio a creer que en efecto ha atravesado las puertas de la muerte; en verdad, de tan poco valor práctico es nuestra tan cacareada creencia en la inmortalidad del alma que la mayoría de las personas consideran el mero hecho de seguir siendo conscientes como prueba absoluta de que no han muerto. La horrible doctrina del castigo eterno, además, es responsable de una enorme cantidad de terror de lo más lamentable y del todo infundado entre los recién llegados a Kâmaloka, quienes en muchos casos pasan largos períodos de agudo sufrimiento mental antes de poder liberarse de la funesta influencia de esa espantosa blasfemia, y comprender que el mundo no se gobierna según el capricho de algún demonio que se regodea en la angustia humana, sino conforme a una ley de evolución benévola y maravillosamente paciente. Muchos miembros de la clase que estamos considerando no llegan en realidad a alcanzar una apreciación inteligente de este hecho en absoluto, sino que discurren a la deriva por su interludio astral del mismo modo errático y sin rumbo en que han pasado la parte física de sus vidas. Así, en Kâmaloka, exactamente igual que en la tierra, están los pocos que comprenden algo de su situación y saben sacarle el mejor partido, y

los muchos que todavía no han adquirido ese conocimiento; y allí, igual que aquí, los ignorantes rara vez están dispuestos a aprovechar el consejo o el ejemplo de los sabios.

Pero, sea cual sea el grado del intelecto de la entidad, este es siempre una cantidad fluctuante y, en conjunto, gradualmente decreciente, pues el Manas inferior es arrastrado en direcciones opuestas por la Tríada superior, que actúa sobre él desde encima de su nivel, y por el Kâma, que opera desde abajo; y por ello oscila entre ambas atracciones, con una tendencia cada vez mayor hacia la primera a medida que las fuerzas kármicas se agotan. Y aquí interviene el mal de lo que se llama en las sesiones el «desarrollo» de un espíritu a través de un médium: un proceso cuyo objeto es intensificar el tirón descendente del Kâma, despertar la porción inferior de la entidad (que es todo a lo que puede llegarse) de la inconsciencia natural y deseable a la que se está encaminando, y así prolongar antinaturalmente su existencia en el Kâmaloka. El peculiar peligro de esto se apreciará al recordar que el hombre verdadero se está retirando todo el tiempo, de manera constante, hacia su propio interior, y por tanto, a medida que pasa el tiempo, es cada vez menos capaz de influir en esta porción inferior o de guiarla, la cual, sin embargo, hasta que la separación sea completa, conserva el poder de generar Karma, y en tales circunstancias es evidentemente mucho más probable que añada mal que bien a su historial. Así pues, el daño causado es triple: en primer lugar, el retraso de la separación entre el Manas y el Kâma, y el consiguiente derroche de tiempo y prolongación del intervalo entre dos encarnaciones; en segundo lugar, la extrema probabilidad (que raya casi en la certeza) de que se produzca una gran adición al Karma malo del individuo, que habrá de saldarse en nacimientos futuros; en tercer lugar, el terrible peligro de que esta intensificación anormal de la fuerza del Kâma pueda llegar a permitir a este último enredar de manera inextricable la totalidad del Manas inferior, causando así la pérdida completa de una encarnación. Aunque un resultado como este último es afortunadamente poco común, es algo que ha sucedido más de una vez; y en muchísimos casos en que el mal no ha llegado

a esta posibilidad extrema, el individuo ha perdido no obstante mucha más porción de su Manas inferior por este enredo adicional con el Kâma de lo que habría perdido si se le hubiera dejado retirarse tranquilamente hacia su interior, como la naturaleza pretendía. No se niega que en ocasiones pueda hacerse cierto bien a entidades muy degradadas en los círculos espiritistas; pero la intención de la naturaleza es, evidentemente, que tal ayuda se preste, como con frecuencia se presta, por medio de estudiantes ocultistas capaces de visitar el plano astral durante la vida terrena, y adiestrados por maestros competentes para tratar, por los métodos que resulten más útiles, los diversos casos con que se encuentren. Se verá con facilidad que semejante sistema de ayuda, que lleva consigo la posibilidad de recurrir al instante a autoridades superiores en cualquier caso dudoso, es infinitamente más seguro que cualquier asistencia casual obtenida a través de un médium que puede ser (y, de hecho, generalmente lo es) del todo ignorante de las leyes que rigen la evolución espiritual, y que está tan expuesto a quedar bajo el dominio de influencias malignas o perniciosas como de influencias benéficas.

Dejando completamente de lado toda cuestión de desarrollo por medio de un médium, existe otra influencia, ejercida con mucha mayor frecuencia, que puede retrasar seriamente a una entidad desencarnada en su camino hacia el Devachan: el dolor intenso e incontrolado de sus amigos o parientes supervivientes. Es uno de los muchos y melancólicos resultados de la concepción terriblemente inexacta, e incluso irreligiosa, que en Occidente venimos sosteniendo desde hace siglos acerca de la muerte, el hecho de que no solo nos causemos a nosotros mismos una cantidad inmensa de dolor del todo innecesario por esta separación temporal de nuestros seres queridos, sino que además causemos a menudo un daño grave a aquellos por quienes sentimos un afecto tan profundo, precisamente por medio de ese mismo pesar que sentimos con tanta viveza. Como nos ha dicho recientemente uno de nuestros más capaces escritores, cuando nuestro hermano fallecido se hunde plácida y naturalmente en la inconsciencia predevachánica, «puede producirse un despertar

a causa del dolor apasionado y de los deseos de los amigos que quedan en la tierra, los cuales, al hacer vibrar violentamente los elementos kármicos de las personas encarnadas, pueden suscitar vibraciones en el Kâmarûpa del desencarnado y así alcanzar y despertar el Manas inferior, que aún no se ha retirado ni reunido con su progenitor, la inteligencia espiritual. De este modo puede ser arrancado de su estado de ensueño y devuelto al recuerdo vívido de la vida terrena tan recientemente abandonada. Este despertar suele ir acompañado de un sufrimiento agudo, y aunque se evite tal sufrimiento, el proceso natural de liberación de la Tríada se ve rudamente perturbado, y se retrasa la consumación de su libertad» (*Death and After*, p. 32). Sería deseable que quienes han visto partir antes que ellos a sus seres queridos aprendiesen de estos hechos indudables el deber de contener, por el bien de esos seres queridos, un dolor que, por natural que sea, resulta con todo, en su esencia, egoísta. No es que la enseñanza oculta aconseje el olvido de los muertos —lejos de ello—, pero sí sugiere que el recuerdo afectuoso que un hombre guarda de su amigo fallecido es una fuerza que, bien dirigida hacia el cauce de deseos sinceros de bien para su progreso hacia el Devachan y para su tránsito sosegado por el Kâmaloka, podría serle de verdadero valor, mientras que, desperdiciada en el luto por él y en el anhelo de tenerlo de vuelta, no solo resulta inútil, sino perjudicial. Con verdadero instinto prescribe la religión hindú sus ceremonias de Shrâddha, y la Iglesia Católica sus oraciones por los difuntos.

Sucede a veces, sin embargo, que el deseo de comunicación procede del otro lado, y que una entidad de la clase que estamos considerando tiene algo que desea especialmente decir a los que ha dejado atrás. En ocasiones este mensaje es importante, como, por ejemplo, la indicación del lugar donde se oculta un testamento extraviado; pero, con mayor frecuencia, nos parece del todo trivial. Aun así, sea lo que sea, si está firmemente grabado en la mente del difunto, es sin duda deseable que se le permita transmitirlo, pues de otro modo la ansiedad por hacerlo atraería perpetuamente su conciencia de vuelta a la vida terrena e impediría su paso a esferas

superiores. En tal caso, un psíquico capaz de entenderlo, o un médium por medio del cual pueda escribir o hablar, le presta un servicio real. Cabe observar que la razón por la que normalmente no puede escribir ni hablar sin un médium es que un estado de la materia solo puede actuar, por lo general, sobre el estado inmediatamente inferior a él, y, como ya no posee en su organismo materia más densa que aquella de la que está compuesto el Kâmarûpa, le resulta imposible suscitar vibraciones en la sustancia física del aire o mover el lápiz físico sin tomar prestada la materia viva de orden intermedio contenida en el doble etérico, por medio de la cual un impulso puede transferirse fácilmente de un plano a otro. Ahora bien, no podría tomar prestado este material de una persona corriente, porque en tal hombre los principios estarían demasiado estrechamente unidos entre sí para poder separarlos por ningún medio que probablemente tuviera a su alcance; pero la esencia misma de la mediumnidad consiste precisamente en la fácil separabilidad de los principios, de modo que de un médium sí puede extraer sin dificultad la materia que necesite para su manifestación, sea cual sea. Cuando no puede encontrar un médium, o no sabe cómo servirse de uno, a veces hace intentos torpes y desmañados de comunicarse por su propia cuenta, y, con la fuerza de su voluntad, pone en marcha ciegamente fuerzas elementales, produciendo tal vez manifestaciones aparentemente sin sentido como lanzamiento de piedras, repique de campanas, etc. En consecuencia, sucede a menudo que un psíquico o médium que acude a una casa donde se están produciendo tales manifestaciones puede descubrir lo que la entidad que las produce intenta decir o hacer, y así poner fin a la perturbación. Esto, sin embargo, no siempre sería así, ya que estas fuerzas elementales se ponen en movimiento en ocasiones por causas completamente distintas.

Pero por cada entidad atada a la tierra por el deseo de comunicarse con sus amigos supervivientes, hay miles que, si se las dejara en paz, jamás pensarían en hacerlo, aunque, cuando se les sugiere la idea por medio de un médium, responden a ella con bastante prontitud, pues, dado que durante la vida terrena sus

intereses probablemente estaban centrados menos en asuntos espirituales que en mundanos, no resulta difícil reavivar en ellas vibraciones simpáticas hacia cuestiones relacionadas con la existencia que tan recientemente han dejado; y esta indeseable intensificación de los pensamientos terrenales se ve favorecida con frecuencia por la interferencia de amigos bien intencionados pero ignorantes, que procuran obtener comunicaciones del difunto por medio de un médium, con el resultado de que, precisamente en la proporción de su éxito, aquel queda expuesto a los diversos peligros ya mencionados. También conviene recordar que el posible daño a la propia entidad no es, ni mucho menos, todo el perjuicio que puede derivarse de tal práctica, pues quienes acuden habitualmente a sesiones espiritistas durante la vida tienen casi la certeza de desarrollar una tendencia a rondarlas después de la muerte, corriendo así ellos mismos, a su vez, los riesgos a los que tan a menudo han expuesto a sus predecesores. Además, es bien sabido que la energía vital necesaria para producir manifestaciones físicas se toma con frecuencia tanto de los asistentes como del médium, y que el efecto final sobre este último es invariablemente nocivo, como lo demuestra el elevado número de tales sensitivos que han acabado mal, ya sea moral o psíquicamente: unos volviéndose epilépticos, otros entregándose a la bebida, otros cayendo bajo influencias que los indujeron a rebajarse al fraude y a toda clase de engaños.

4. *La sombra.*

Cuando la separación de los principios se completa, la vida en el Kâmaloka de la persona ha terminado y, como ya se ha dicho, esta pasa a la condición devachánica. Pero, del mismo modo que al morir a este plano deja atrás su cuerpo físico, así, al morir al plano astral, deja atrás su Kâmarûpa. Si se ha purgado de todo deseo terrenal durante la vida y ha dirigido todas sus energías hacia los cauces de la aspiración espiritual desinteresada, su Ego superior podrá retraer hacia sí la totalidad del Manas inferior que puso al servicio de la encarnación; en ese caso, el Kâmarûpa que deja atrás en el plano astral será un mero cadáver, como el cuerpo físico abandonado, y entrará entonces no en esta clase, sino en la siguiente. Incluso en el

caso de un hombre de vida algo menos perfecta, puede alcanzarse casi el mismo resultado si se permite que las fuerzas del deseo inferior se agoten sin perturbación en el Kâmaloka; pero la mayoría de la humanidad hace solo esfuerzos muy insignificantes y superficiales, mientras está en la tierra, por desprenderse de los impulsos menos elevados de su naturaleza, y en consecuencia se condena no solo a una permanencia muy prolongada en el plano astral, sino también a lo que no puede describirse de otro modo que como una pérdida de una porción del Manas inferior. Se trata, sin duda, de un modo muy material de expresar el gran misterio del reflejo del Manas superior en el inferior, pero, dado que solo quienes han traspasado los umbrales de la iniciación pueden comprenderlo plenamente, hemos de contentarnos con la aproximación más cercana a la exactitud que nos sea posible; y, de hecho, se obtendrá una idea bastante ajustada de lo que realmente ocurre si se adopta la hipótesis de que el principio mânásico envía hacia abajo una porción de sí mismo al mundo inferior de la vida física en cada encarnación, y espera poder retirarla de nuevo al final de la vida, enriquecida por todas sus variadas experiencias. El hombre corriente, sin embargo, suele dejarse esclavizar de manera tan lamentable por toda suerte de deseos bajos, que cierta porción de este Manas inferior queda muy estrechamente entrelazada con el Kâma, y, cuando se produce la separación, al terminar su vida en el Kâmaloka, el principio mânásico ha de ser, por así decirlo, desgarrado, quedando la porción degradada dentro del Kâmarûpa.

Este Kâmarûpa se compone, pues, de las partículas de materia astral de las que el Manas inferior no ha logrado desprenderse, y que por ello lo retienen cautivo; pues, cuando el Manas pasa al Devachan, estos fragmentos adherentes se aferran a una porción de él y, por así decirlo, la arrancan consigo. La proporción de materia de cada nivel presente en el Kâmarûpa dependerá, por tanto, del grado en que el Manas se haya enredado inextricablemente con las pasiones inferiores. Resultará evidente que, dado que el Manas, al pasar de un nivel a otro, es incapaz de liberarse por completo de la materia de cada uno de ellos, el Kâmarûpa mostrará la presencia de

cada tipo más grosero que haya conseguido conservar su vínculo con él.

Así llega a la existencia la clase de entidad que ha sido llamada «la Sombra»: una entidad, obsérvese bien, que no es en absoluto el individuo real (pues este ha pasado ya al Devachan), pero que, sin embargo, no solo presenta su aspecto personal exacto, sino que posee su memoria y todas sus pequeñas idiosincrasias, por lo que puede, con gran facilidad, personificarlo, como en efecto sucede con frecuencia en las sesiones espiritistas. No es, desde luego, consciente de ningún acto de suplantación, pues, en la medida en que alcanza su intelecto, ha de suponerse necesariamente que es el individuo mismo; pero cabe imaginar el horror y la repugnancia de los amigos del difunto si llegaran a comprender que habían sido engañados hasta el punto de aceptar como a su ser querido a un mero fardo sin alma compuesto por todas sus peores cualidades. Su duración vital varía según la cantidad de Manas inferior que la anima, pero, como este se va desvaneciendo constantemente, su intelecto es una cantidad en disminución constante, aunque puede poseer una buena dosis de cierta especie de astucia animal; e incluso muy cerca ya del final de su existencia sigue siendo capaz de comunicarse tomando prestada temporalmente la inteligencia del médium. Por su propia naturaleza, es sumamente propensa a dejarse dominar por toda clase de influencias malignas, y, al haberse separado de su Ego superior, no posee en su constitución nada capaz de responder a las buenas. Se presta, por tanto, fácilmente a diversos propósitos menores de algunos de los magos negros de peor calaña. Aquella parte de la materia de naturaleza mânásica que aún posee se va desintegrando poco a poco y regresa a su propio plano, aunque no a ninguna mente individual, y así la sombra se va desvaneciendo, por gradaciones casi imperceptibles, hasta convertirse en un miembro de nuestra clase siguiente.

5. El cascarón.

Este no es sino el mero cadáver astral en proceso de desintegración, tras haberlo abandonado ya toda partícula del Manas

inferior. Carece por completo de todo tipo de conciencia o inteligencia, y va a la deriva, pasivamente, sobre las corrientes astrales, del mismo modo que una nube podría ser arrastrada en cualquier dirección por una racha de viento pasajera; pero incluso así puede ser galvanizado durante unos instantes en una espantosa parodia de vida si tiene la ocasión de entrar en el radio del aura de un médium. En tales circunstancias, seguirá pareciéndose exactamente, en apariencia, a su personalidad difunta, e incluso podrá reproducir en cierta medida sus expresiones o su letra habituales, pero lo hace tan solo por la acción automática de las células que lo componen, las cuales tienden, bajo estímulo, a repetir la forma de acción a la que están más acostumbradas; y cualquier cantidad de inteligencia que pueda haber detrás de tal manifestación no tiene, desde luego, relación alguna con la entidad original, sino que es prestada, para la ocasión, por el médium o sus «guías». Sin embargo, es más frecuente que se le vitalice temporalmente de otro modo muy distinto, que se describirá en el epígrafe siguiente. Posee también la cualidad de seguir respondiendo ciegamente a aquellas vibraciones —por lo general de orden más bajo— que se suscitaron con frecuencia en él durante su última etapa de existencia como sombra, y, en consecuencia, es muy probable que las personas en quienes predominan los deseos o pasiones malvadas, al asistir a sesiones espiritistas físicas, encuentren estos sentimientos intensificados y, por así decirlo, devueltos hacia ellas por los cascarones inconscientes.

Existe también otra variedad de cadáver que es preciso mencionar bajo este epígrafe, aunque pertenece a una etapa mucho más temprana de la historia *post mortem* del hombre. Se ha dicho más arriba que, tras la muerte del cuerpo físico, el Kâmarûpa se forma con relativa rapidez, y se desecha el doble etérico, cuerpo este último destinado a una lenta desintegración, exactamente igual que sucede con el cascarón kamarúpico en una etapa posterior del proceso. Este cascarón etérico, sin embargo, no se encuentra a la deriva sin rumbo, como sucede con la variedad que hemos venido tratando hasta ahora; por el contrario, permanece a pocos metros

del cuerpo físico en descomposición, y, dado que resulta fácilmente visible incluso para cualquier persona ligeramente sensitiva, es el responsable de muchas de las historias corrientes sobre fantasmas de cementerio. Una persona psíquicamente desarrollada que pase junto a uno de nuestros grandes cementerios verá centenares de estas formas nebulosas de un blanco azulado, flotando sobre las tumbas donde yacen las vestiduras físicas que han abandonado recientemente; y, como se hallan, al igual que sus contrapartidas inferiores, en diversas etapas de desintegración, el espectáculo no resulta en absoluto agradable. Este cascarón, como el otro tipo, carece también por completo de conciencia e inteligencia; y, aunque en determinadas circunstancias pueda ser galvanizado hasta adquirir una forma sumamente horrible de vida temporal, esto solo es posible por medio de algunos de los ritos más repugnantes de una de las peores formas de magia negra, sobre la que cuanto menos se diga, mejor. Se verá, así, que en las sucesivas etapas de su progreso desde la vida terrena hasta el Devachan, el hombre desecha y abandona a una lenta desintegración nada menos que tres cadáveres —el cuerpo físico, el doble etérico y el Kâmarûpa—, todos los cuales quedan, con el tiempo, resueltos en sus elementos constituyentes y reutilizados en sus respectivos planos por la maravillosa química de la naturaleza.

6. El cascarón vitalizado.

Esta entidad no debería, en rigor, clasificarse en absoluto bajo el epígrafe «humano», puesto que solo su vestidura externa, el cascarón pasivo y carente de sentido, fue en su día un accesorio de la humanidad; la vida, la inteligencia, el deseo y la voluntad que pueda poseer son los del elemental artificial que lo anima, y este, aunque en terrible verdad sea creación del pensamiento malvado del hombre, no es en sí mismo humano. Será, por tanto, mejor tratarlo con mayor amplitud bajo su clase propia, entre las entidades artificiales, ya que su naturaleza y su génesis resultarán más fácilmente comprensibles cuando se llegue a esa parte de nuestro tema. Baste aquí mencionar que se trata siempre de un ser malévolo, un verdadero demonio tentador, cuya influencia maligna

solo está limitada por la extensión de su poder. Al igual que la sombra, se emplea con frecuencia para servir a los horribles propósitos de las formas de magia del vudú y el obeah. Algunos autores lo han designado con el nombre de «elementario», pero, dado que ese título se ha empleado en un momento u otro para designar casi cualquier variedad de entidad *post mortem*, se ha vuelto tan vago y carente de significado que resulta preferible evitarlo.

7. El suicida, o víctima de muerte súbita.

Se comprenderá fácilmente que un hombre arrancado apresuradamente de la vida física, hallándose en plena salud y vigor, ya sea por accidente o por suicidio, se encuentra en el plano astral en unas condiciones considerablemente distintas de las que rodean a quien muere de vejez o de enfermedad. En este último caso, el dominio de los deseos terrenales sobre la entidad está más o menos debilitado, y probablemente ya se ha desprendido de las partículas más groseras, de modo que el Kâmarûpa se formará muy probablemente en la sexta o quinta subdivisión del Kâmaloka, o quizá incluso más arriba; los principios se han ido preparando gradualmente para la separación, y la conmoción, por tanto, no es tan grande. En el caso de la muerte accidental o del suicidio, ninguna de estas preparaciones ha tenido lugar, y la sustracción de los principios de su envoltura física se ha comparado muy acertadamente con el desgarrar de la piedra al arrancarla de un fruto verde; una gran cantidad de la materia astral más grosera sigue adherida a la personalidad, que en consecuencia queda retenida en la séptima subdivisión, o la más baja, del Kâmaloka. Ya se ha descrito esta como un lugar de estancia de todo menos agradable, y sin embargo no es en absoluto el mismo para todos aquellos que se ven obligados a habitarlo durante un tiempo. Aquellas víctimas de muerte súbita cuyas vidas terrenas hayan sido puras y nobles no sienten afinidad alguna con este plano, y el tiempo de su permanencia en él transcurre, por citar una antigua Carta sobre este asunto, ya sea «en feliz ignorancia y pleno olvido, o en un estado de sueño tranquilo, un sueño lleno de rosados ensueños». Pero, por

otro lado, si sus vidas terrenas han sido bajas y brutales, egoístas y sensuales, serán, como los suicidas, plenamente conscientes en esta indeseable región, y corren el riesgo de convertirse en entidades terriblemente malvadas. Inflamados de toda suerte de apetitos horribles que ya no pueden satisfacer directamente ahora que carecen de cuerpo físico, satisfacen sus repugnantes pasiones por delegación, a través de un médium o de cualquier persona sensitiva a la que puedan poseer; y sienten un placer diabólico en emplear todas las artes de engaño que el plano astral pone a su disposición para arrastrar a otros a los mismos excesos que a ellos mismos les resultaron tan fatales. Citando de nuevo la misma carta: «Estos son los Pisâchas, los *íncubos* y *súcubos* de los escritores medievales: demonios de sed y glotonería, de lujuria y avaricia, de arteria, maldad y crueldad extremadas, que empujan a sus víctimas a crímenes horribles y se regodean en su comisión». De esta clase y de la anterior proceden los tentadores, los demonios de la literatura eclesiástica; pero su poder fracasa por completo ante la pureza de mente y de propósito, y nada pueden hacer con un hombre a menos que este haya fomentado ya en sí mismo los vicios a los que pretenden arrastrarlo.

Quien tenga abierta la vista psíquica verá a menudo multitudes de estas desdichadas criaturas merodeando en torno a carnicerías, tabernas u otros lugares aún más disolutos, dondequiera que se encuentren las influencias groseras en las que se deleitan, y donde topan con hombres y mujeres aún de carne y hueso que comparten sus mismas inclinaciones. Que una de estas entidades encuentre a un médium con el que esté en afinidad constituye, en verdad, una terrible desgracia, pues no solo le permite prolongar enormemente su espantosa vida en el Kâmaloka, sino que renueva, quizá por un período indefinido, su capacidad de generar mal Karma, preparándose así una futura encarnación de carácter de lo más degradado, además de correr el riesgo de perder una gran porción, o incluso la totalidad, del Manas inferior. En este nivel más bajo del plano astral debe permanecer, como mínimo, el tiempo que habría durado su vida terrena de no haberse visto prematuramente

truncada; y, si tiene la fortuna de *no* encontrar a un sensitivo por medio del cual pueda satisfacer sus pasiones por delegación, los deseos insatisfechos irán consumiéndose gradualmente por sí mismos, y el sufrimiento causado en el proceso contribuirá probablemente en buena medida a saldar el mal Karma de la vida pasada.

La situación del suicida se complica todavía más por el hecho de que su acto precipitado ha disminuido enormemente la capacidad del Ego superior para retraer hacia sí su porción inferior, exponiéndolo así a numerosos y grandes peligros adicionales; pero debe recordarse que la culpa del suicidio varía considerablemente según sus circunstancias, desde el acto moralmente irreprochable de Séneca o de Sócrates, pasando por todos los grados, hasta el crimen atroz del miserable que se quita la vida para escapar de los enredos en que su propia villanía lo ha sumido, y, naturalmente, la situación tras la muerte varía en consecuencia.

Debe señalarse que esta clase, así como las sombras y los cascarones vitalizados, son todos lo que podría llamarse vampiros menores; es decir, que, siempre que tienen ocasión, prolongan su existencia drenando la vitalidad de los seres humanos a quienes son capaces de influir. Por esto es tan frecuente que tanto el médium como los asistentes queden tan débiles y extenuados después de una sesión espiritista física. Al estudiante de ocultismo se le enseña a protegerse de sus intentos, pero, sin ese conocimiento, resulta difícil para quien se expone a ellos evitar quedar en mayor o menor medida a su merced.

8. El vampiro y el hombre lobo.

Quedan por mencionar dos posibilidades aún más espantosas, aunque, por fortuna, muy poco frecuentes, antes de dar por concluida esta parte de nuestro tema, y, aunque difieren ampliamente entre sí en muchos aspectos, podemos quizá agruparlas, ya que comparten las cualidades del horror sobrenatural y de la extrema rareza, esta última derivada del hecho de que son en realidad reliquias de razas anteriores. Nosotros, los de la quinta

raza raíz, deberíamos haber evolucionado ya más allá de la posibilidad de sufrir un destino tan espantoso como el indicado por cualquiera de los dos epígrafes de este apartado, y tan cerca hemos estado de lograrlo que estas criaturas se consideran comúnmente meras fábulas medievales; sin embargo, todavía *pueden* hallarse ejemplos ocasionalmente incluso hoy, aunque principalmente en países donde hay una considerable mezcla de sangre de la cuarta raza, como Rusia o Hungría. Las leyendas populares sobre ellas están probablemente muy a menudo bastante exageradas, pero existe, no obstante, un sustrato de verdad terriblemente serio bajo las inquietantes historias que corren de boca en boca entre los campesinos de la Europa Central. Los rasgos generales de tales relatos son demasiado conocidos para necesitar más que una mención pasajera; un ejemplo bastante característico de la historia de vampiros, aunque no pretende ser más que pura ficción, es *Carmilla*, de Sheridan le Fanu, mientras que en *Isis sin velo* (vol. i, p. 454) se encuentra un relato muy notable de una forma poco habitual de esta criatura. Todos los lectores de la literatura teosófica están familiarizados con la idea de que es posible que un hombre viva una vida tan absolutamente degradada y egoísta, tan enteramente perversa y brutal, que la totalidad de su Manas inferior llegue a quedar por completo enredada en el Kâma, y finalmente separada de su fuente espiritual en el Ego superior. Algunos estudiantes incluso parecen creer que tal cosa es bastante corriente, y que podemos encontrarnos con decenas de esos «hombres sin alma», como se los ha llamado, a diario por la calle, pero esto, felizmente, no es cierto. Para alcanzar la pavorosa preeminencia en el mal que conlleva la pérdida total de una personalidad y el debilitamiento de la individualidad en desarrollo que hay detrás de ella, un hombre debe sofocar todo destello de desinterés o de espiritualidad, y no debe tener absolutamente ningún rasgo redentor; y, cuando recordamos con qué frecuencia, incluso en el peor de los villanos, se encuentra algo que no es del todo malo, comprenderemos que las personalidades abandonadas han de constituir siempre una minoría muy pequeña. Aun así, por pocas que sean en proporción, existen, y de sus filas procede el todavía más raro vampiro. La entidad perdida

se encontraría, muy poco después de la muerte, incapaz de permanecer en el Kâmaloka, y sería arrastrada irresistiblemente, en plena conciencia, hacia «su propio lugar», la misteriosa octava esfera, para desintegrarse allí lentamente tras experiencias que es mejor no describir. Si, no obstante, perece por suicidio o por muerte súbita, puede, bajo ciertas circunstancias, especialmente si conoce algo de magia negra, sustraerse a ese destino atroz mediante una muerte en vida apenas menos espantosa: la horrenda existencia del vampiro. Dado que la octava esfera no puede reclamarlo hasta después de la muerte del cuerpo, este lo conserva en una especie de trance cataléptico mediante el horrible recurso de transfundirle sangre extraída de otros seres humanos por medio de su Kâmarûpa semimaterializado, posponiendo así su destino final a costa de cometer asesinatos en masa. Como también supone, con toda razón, la «superstición» popular, el remedio más sencillo y eficaz en tal caso es exhumar y quemar el cuerpo, privando así a la criatura de su *point d'appui*. Cuando se abre la tumba, el cuerpo suele presentar un aspecto lozano y saludable, y no es infrecuente que el ataúd aparezca lleno de sangre. Naturalmente, en los países donde la cremación es costumbre, esta forma de vampirismo resulta imposible.

El hombre lobo, aunque igualmente horrible, es producto de un Karma algo distinto, y en efecto debería quizá haber encontrado su lugar en la primera de las dos divisiones de los habitantes humanos del Kâmaloka en vez de en la segunda, puesto que es siempre en vida del hombre cuando se manifiesta por primera vez bajo esta forma. Implica invariablemente cierto conocimiento de las artes mágicas, suficiente al menos para poder proyectar el cuerpo astral. Cuando un hombre perfectamente cruel y brutal hace esto, existen ciertas circunstancias en las que otras entidades astrales pueden apoderarse de su cuerpo astral y materializarlo, no en forma humana, sino en la de algún animal salvaje, por lo general el lobo; y, en ese estado, recorrerá los alrededores matando a otros animales, e incluso a seres humanos, satisfaciendo así no solo su propia sed de sangre, sino también la de los demonios que lo impulsan. En este

caso, como sucede tan a menudo con el cuerpo astral corriente, cualquier herida infligida a la materialización animal se reproducirá en el cuerpo físico humano por el extraordinario fenómeno de la repercusión; aunque, después de la muerte de ese cuerpo físico, el Kâmarûpa, que probablemente seguirá apareciendo con la misma forma, será menos vulnerable. Sin embargo, entonces resultará también menos peligroso, ya que, a menos que pueda encontrar un médium adecuado, será incapaz de materializarse plenamente.

Ha sido moda en este siglo el burlarse de lo que se llaman las necias supersticiones del campesinado ignorante; pero, como en los casos anteriores, también en muchos otros el estudiante de ocultismo descubre, tras un examen cuidadoso, que verdades oscuras u olvidadas de la naturaleza se ocultan tras lo que a primera vista parece pura necedad, y aprende así a ser cauto tanto al rechazar como al aceptar. Los futuros exploradores del plano astral tienen pocos motivos para temer encontrarse con las criaturas sumamente desagradables descritas bajo este epígrafe, pues, como ya se ha dicho, son incluso hoy extremadamente raras, y, con el paso del tiempo, su número irá felizmente disminuyendo de manera constante. En cualquier caso, sus manifestaciones se restringen habitualmente a las inmediaciones de sus cuerpos físicos, como cabría suponer de su naturaleza sumamente material.

9. El mago negro o su discípulo.

Esta persona corresponde, en el extremo opuesto de la escala, a nuestra segunda clase de entidades difuntas, el chela que aguarda la reencarnación, pero, en este caso, en lugar de obtener permiso para adoptar un método de progreso poco habitual, el hombre desafía el proceso natural de la evolución manteniéndose en el Kâmaloka mediante artes mágicas, a veces de la naturaleza más horrible. Sería fácil establecer diversas subdivisiones de esta clase, según sus objetivos, sus métodos y la posible duración de su existencia en este plano, pero, como no son en absoluto objetos de estudio fascinantes, y todo lo que un estudiante de ocultismo desea saber sobre ellos es cómo evitarlos, resultará probablemente más

interesante pasar al examen de otra parte de nuestro tema. Baste mencionar, sin embargo, que toda entidad humana de este tipo que prolonga así su vida en el plano astral más allá de su límite natural lo hace invariablemente a expensas de otros, mediante la absorción de su vida en una u otra forma.

II. No HUMANOS

Aunque pudiera parecer bastante obvio, incluso a la mirada más superficial, que muchas de las disposiciones terrestres de la naturaleza que más de cerca nos afectan no han sido concebidas exclusivamente en atención a nuestra comodidad, ni siquiera a nuestro provecho último, era con todo probablemente inevitable que la raza humana, al menos en su infancia, imaginara que este mundo y cuanto contiene existían únicamente para su propio uso y beneficio. Sin duda, a estas alturas deberíamos haber superado ya esa infantil ilusión y haber comprendido nuestra verdadera posición y los deberes que a ella se anejan; que la mayoría de nosotros no lo ha hecho todavía se manifiesta de una docena de maneras en nuestra vida cotidiana, y de modo notable en la atroz crueldad que, bajo el nombre de deporte, despliegan habitualmente hacia el reino animal muchos que probablemente se consideran a sí mismos personas sumamente civilizadas. Desde luego, el más novato aprendiz en la sagrada ciencia del ocultismo sabe que toda vida es sagrada, y que sin compasión universal no hay verdadero progreso; pero solo a medida que avanza en sus estudios descubre cuán múltiple es la evolución, y cuán relativamente pequeño es el lugar que la humanidad ocupa en realidad en la economía de la naturaleza. Se le va haciendo evidente que, así como la tierra, el aire y el agua sostienen miríadas de formas de vida que, invisibles al ojo corriente, nos son reveladas por el microscopio, así también los planos superiores vinculados a nuestra tierra tienen una población igualmente densa, de cuya existencia habitualmente no tenemos conciencia alguna. A medida que su conocimiento crece, se va

convenciendo cada vez más de que, de un modo u otro, se está aprovechando al máximo toda posibilidad de evolución, y de que, siempre que nos parece que en la naturaleza se desperdicia o se descuida alguna fuerza u oportunidad, no es el plan del universo el que falla, sino nuestra ignorancia de su método y de su intención.

Para los fines de nuestra consideración presente de los habitantes no humanos del plano astral, será mejor dejar de lado aquellas formas muy tempranas de la vida universal que evolucionan, de un modo que apenas podemos comprender, a través del encapsulamiento sucesivo de átomos, moléculas y células; pues, si comenzamos por el más bajo de los llamados reinos elementales, aun así habremos de agrupar bajo este epígrafe general un número enorme de habitantes del plano astral sobre los que solo será posible tratar muy someramente, ya que un relato mínimamente detallado de ellos convertiría este manual en una enciclopedia.

El método más conveniente para ordenar las entidades no humanas será quizá agruparlas en cuatro clases, entendiéndose que, en este caso, la clase no es, como antes, una subdivisión relativamente pequeña, sino por lo general un gran reino de la naturaleza, al menos tan amplio y variado como, pongamos por caso, el reino animal o el vegetal. Algunas de ellas se sitúan considerablemente por debajo de la humanidad, otras son nuestras iguales, y otras, a su vez, se elevan muy por encima de nosotros en bondad y en poder. Algunas pertenecen a nuestro esquema de evolución, es decir, han sido o serán hombres como nosotros; otras evolucionan siguiendo líneas propias enteramente distintas. Antes de proceder a examinarlas, es necesario, para evitar el reproche de incompletud, mencionar que en esta rama del tema se han hecho dos salvedades. En primer lugar, no se hace referencia alguna a las apariciones ocasionales de Adeptos muy elevados procedentes de otros planetas del sistema solar, ni a Visitantes aún más augustos procedentes de distancias mayores todavía, puesto que tales asuntos no pueden describirse debidamente en un ensayo destinado al público en general; y, además, resulta prácticamente inconcebible, aunque desde luego teóricamente posible, que tan gloriosos Seres

necesitaran alguna vez manifestarse en un plano tan bajo como el astral. Si por alguna razón desearan hacerlo, el cuerpo apropiado a ese plano se crearía temporalmente a partir de materia astral perteneciente a este planeta, tal como sucede en el caso del Nirmânakâya. En segundo lugar, completamente al margen y sin relación alguna con las cuatro clases en que dividimos esta sección, existen otras dos grandes evoluciones que en la actualidad comparten con la humanidad el uso de este planeta; pero sobre ellas está prohibido dar detalle alguno en esta etapa de la exposición, pues, según parece, no está previsto, en circunstancias ordinarias, que ellas sean conscientes de la existencia del hombre, ni el hombre de la de ellas. Si alguna vez llegamos a entrar en contacto con ellas, será muy probablemente en el plano puramente físico, pues, en cualquier caso, su conexión con nuestro plano astral es mínima, ya que la única posibilidad de que aparezcan en él depende de un accidente sumamente improbable en un acto de magia ceremonial, que por fortuna solo unos pocos de los hechiceros más avanzados saben cómo realizar. No obstante, ese accidente improbable ha sucedido al menos una vez, y podría volver a suceder, de modo que, de no ser por la prohibición antes mencionada, habría sido necesario incluirlas en nuestra lista.

1. La esencia elemental perteneciente a nuestra propia evolución.

Del mismo modo que el nombre de «elementario» ha sido aplicado indiscriminadamente por diversos autores a cualquiera o a todas las posibles condiciones *post mortem* del hombre, así también esta palabra, «elemental», se ha empleado en distintas épocas para designar a cualquiera o a todos los espíritus no humanos, desde el más divino de los Devas, pasando por toda variedad de espíritu de la naturaleza, hasta la esencia informe que impregna los reinos anteriores al mineral, hasta el punto de que, tras leer varios libros, el estudiante acaba completamente desconcertado por las afirmaciones contradictorias que se hacen sobre el tema. A los efectos de este tratado, quizá simplifique las cosas restringir su significado únicamente a esta última clase mencionada, y emplearlo para denotar los tres grandes reinos que preceden al mineral en el orden

de nuestra evolución. Cabe recordar que en una de las primeras cartas de un maestro Adepto se hace referencia a estos reinos elementales, y se afirma que el primero y el segundo no pueden ser fácilmente comprendidos sino por un Iniciado. Afortunadamente, esta, la parte más incomprensible de tan vasto tema, no entra dentro del ámbito de este manual, puesto que esos reinos elementales primero y segundo existen y funcionan, respectivamente, en los niveles arûpa y rûpa del plano devachánico. Hemos de ocuparnos, por tanto, de momento, únicamente del reino número 3, el inmediatamente anterior al mineral; aunque incluso este resultará lo bastante complicado, como se comprenderá al saber que contiene poco más de dos mil cuatrocientas variedades perfectamente distintas de esencia elemental, cada una de las cuales el discípulo que desee alcanzar el control perfecto de las fuerzas astrales ha de aprender no solo a distinguir instantáneamente a simple vista, sino también a tratar según su propio método específico y ningún otro. Desde luego, pueden producirse, y de hecho se producen constantemente, fenómenos de diversa índole a manos de quienes solo saben manejar una o dos de estas fuerzas, pero el Adepto prefiere tomarse la molestia adicional necesaria para comprenderlas todas a fondo, y emplea en cada caso precisamente la fuerza o combinación de fuerzas más apropiada, de modo que su objetivo se logre con precisión científica y con el menor gasto posible de energía.

Hablar, como tan a menudo hacemos, de *un* elemental en relación con el grupo que ahora consideramos resulta algo engañoso, pues, en rigor, tal cosa no existe. Lo que encontramos es una vasta reserva de esencia elemental, maravillosamente sensible al pensamiento humano más fugaz, que responde con inconcebible delicadeza, en una fracción infinitesimal de segundo, a una vibración suscitada en ella incluso por un ejercicio enteramente inconsciente de la voluntad o del deseo humanos. Pero, en el instante mismo en que, por la influencia de tal pensamiento o ejercicio de la voluntad, queda moldeada en una fuerza viva, en algo que puede describirse correctamente como *un* elemental, deja al punto de pertenecer a la

categoría que estamos tratando y pasa a ser miembro de la clase artificial. Aun así, su existencia separada suele ser de índole sumamente efímera, y, tan pronto como su impulso se ha agotado, se hunde de nuevo en la masa indiferenciada de aquella subdivisión particular de esencia elemental de la que procedía. Sería tedioso intentar catalogar estas subdivisiones, y, en efecto, aunque se hiciera una lista de ellas, resultaría ininteligible salvo para el estudiante práctico capaz de evocarlas ante sí y compararlas. No obstante, puede captarse sin demasiada dificultad, y quizá con cierto interés, una idea de las líneas principales de clasificación. En primer lugar está la gran división que ha dado a los elementales su nombre: la clasificación según el tipo de materia que habitan. Aquí, como es habitual, se manifiesta el carácter septenario de nuestra evolución, pues existen siete grupos principales de este tipo, relacionados respectivamente con los siete estados de la materia física, con la «tierra, el agua, el aire y el fuego», o, para traducir del simbolismo medieval a la exactitud moderna de expresión, con las condiciones sólida, líquida, gaseosa y etérica. Se ha tenido durante mucho tiempo la costumbre de compadecer y despreciar la ignorancia de los alquimistas medievales, porque dieron el título de «elementos» a sustancias que la química moderna ha descubierto que son compuestos; pero, al hablar de ellos con tal desdén, les hemos hecho una gran injusticia, pues su conocimiento sobre esta materia era en realidad más amplio, no más estrecho, que el nuestro. Puede que catalogaran, o no, todas las sesenta o setenta sustancias que hoy llamamos elementos; pero desde luego no aplicaron ese nombre a ellas, pues sus estudios ocultos les habían enseñado que, en ese sentido de la palabra, no existía más que un solo elemento, el Âkâsha mismo, del cual estas y todas las demás formas de materia no eran sino modificaciones: una verdad que algunos de los más grandes químicos de nuestros días apenas comienzan a sospechar.

El hecho es que, en este caso concreto, el análisis de nuestros despreciados antepasados llegó varios pasos más lejos que el nuestro. Comprendían y eran capaces de observar el éter, que la ciencia moderna solo puede postular como una necesidad de sus

teorías; sabían que consiste en materia física en cuatro estados enteramente distintos por encima del gaseoso, hecho este que aún no se ha vuelto a descubrir. Sabían que todos los objetos físicos consistían en materia en uno u otro de estos siete estados, y que en la composición de todo cuerpo orgánico entraban, en mayor o menor grado, los siete; de ahí toda su charla sobre humores ígneos y acuosos, o «elementos», que a nosotros nos parece tan grotesca. Es evidente que empleaban esta última palabra simplemente como sinónimo de «partes constituyentes», sin la menor intención de connotar la idea de sustancias que no pudieran reducirse más. Sabían también que cada uno de estos órdenes de materia servía de Upâdhi, o base de manifestación, a una gran clase de esencia monádica en evolución, y por ello bautizaron a esa esencia con el nombre de «elemental».

Lo que hemos de procurar comprender, entonces, es que en cada partícula de materia sólida, mientras permanezca en ese estado, reside, por emplear la pintoresca fraseología de los estudiosos medievales, un elemental de la tierra, es decir, cierta cantidad de la esencia elemental viva que le corresponde, mientras que, igualmente, en cada partícula de materia en estado líquido, gaseoso o etérico, inhieren respectivamente los «elementales» del agua, del aire y del fuego. Se observará que esta primera gran división del tercero de los reinos elementales es, por así decirlo, horizontal; es decir, que sus respectivas clases guardan entre sí la relación de peldaños, cada uno algo menos material que el que tiene debajo, al cual asciende por grados casi imperceptibles; y es fácil comprender cómo cada una de estas clases puede a su vez subdividirse horizontalmente en siete, puesto que existen evidentemente muchos grados de densidad entre los sólidos, los líquidos y los gases. Existe, sin embargo, lo que podría describirse también como una división perpendicular, y esta resulta algo más difícil de comprender, sobre todo porque los ocultistas mantienen siempre gran reserva respecto de algunos de los hechos que implicaría una explicación más completa de ella. Quizá el modo más claro de exponer lo que es lícito decir sobre el tema consista en afirmar que, en cada una de las

clases y subclases horizontales, se encontrarán siete tipos perfectamente distintos de elemental, siendo la diferencia entre ellos ya no una cuestión de grado de materialidad, sino más bien de carácter y de afinidades. Cada uno de estos tipos reacciona de tal modo sobre los demás que, aunque les es imposible intercambiar jamás su esencia, en cada uno de ellos se hallará que existen siete subtipos, distinguidos por el matiz que da a su peculiaridad original la influencia que más fácilmente los domina. Se verá enseguida que esta división y subdivisión perpendicular difiere por completo, en su carácter, de la horizontal, en que es mucho más permanente y fundamental; pues, si bien la evolución del reino elemental consiste en atravesar, con una lentitud casi infinita, sus diversas clases y subclases horizontales sucesivamente, y pertenecer así a todas ellas por turno, no ocurre lo mismo con los tipos y subtipos, que permanecen inmutables a lo largo de todo el proceso. Un punto que jamás debe perderse de vista al intentar comprender esta evolución elemental es que se desarrolla en lo que a veces se llama la curva descendente del arco; es decir, que progresa *hacia* el enredo completo en la materia que presenciamos en el reino mineral, en lugar de *alejarse* de él, como sucede con la mayor parte de la restante evolución que conocemos; y este hecho le confiere a veces, a nuestros ojos, un aspecto curiosamente invertido, hasta que llegamos a comprender plenamente su finalidad.

A pesar de estas múltiples subdivisiones, existen ciertas propiedades que poseen en común todas las variedades de esta extraña esencia viva; pero incluso estas difieren tan por completo de cuanto nos es familiar en el plano físico que resulta sumamente difícil explicarlas a quienes no pueden ver por sí mismos su acción. Siéntese, pues, como premisa, que, cuando alguna porción de esta esencia permanece durante unos instantes enteramente ajena a toda influencia externa (condición esta, dicho sea de paso, que apenas llega nunca a darse), carece en absoluto de toda forma definida propia, aunque incluso entonces su movimiento sea rápido e incesante; pero, ante la más leve perturbación, suscitada quizá por alguna corriente de pensamiento pasajera, estalla en una

desconcertante confusión de formas inquietas y siempre cambiantes, que se forman, corren de un lado a otro y desaparecen con la rapidez de las burbujas en la superficie del agua hirviendo. Estas formas evanescentes, aunque por lo general son las de seres vivos de una u otra especie, humanos o de otro tipo, no expresan la existencia de entidades separadas en la esencia, como tampoco lo hacen las olas, igualmente cambiantes y multiformes, que en pocos instantes levanta en un lago hasta entonces sereno una racha repentina de viento. Parecen ser meros reflejos del vasto depósito de la luz astral, aunque suelen guardar cierta correspondencia con el carácter de la corriente de pensamiento que las llama a la existencia, casi siempre, eso sí, con alguna distorsión grotesca, algún aspecto atemorizador o desagradable. Surge aquí de forma natural una pregunta acerca de qué inteligencia es la que se ejerce en la elección de una forma apropiada, o en su distorsión una vez elegida. No estamos tratando aquí con el elemental artificial, más poderoso y de vida más larga, creado por un pensamiento fuerte y definido, sino simplemente con el resultado producido por la corriente de pensamientos semiconscientes e involuntarios que la mayoría de la humanidad deja fluir ociosamente por su cerebro, de modo que la inteligencia no procede, evidentemente, de la mente del pensador; y desde luego no podemos atribuir a la esencia elemental misma, que pertenece a un reino todavía más alejado de la individualización que el mineral, ningún tipo de despertar de la cualidad mânásica. Y, sin embargo, posee una maravillosa capacidad de adaptación que a menudo parece acercarse mucho a ello, y es sin duda esta propiedad la que hizo que los elementales fueran descritos, en uno de nuestros primeros libros, como «las criaturas semiinteligentes de la luz astral». Encontraremos más pruebas de este poder cuando pasemos a considerar el caso de la clase artificial. Cuando leemos acerca de un elemental bueno o malo, ha de entenderse siempre que se trata de una entidad artificial, o bien de alguna de las muchas variedades de espíritus de la naturaleza, pues los reinos elementales propiamente dichos no admiten concepciones tales como el bien y el mal, aunque exista sin duda una especie de sesgo o tendencia que impregna a casi todas sus subdivisiones y que

opera haciéndolas más bien hostiles que amistosas hacia el hombre, como sabe todo neófito, pues, en la mayoría de los casos, su primerísima impresión del plano astral es la de la presencia, a su alrededor, de vastas huestes de espectros proteicos que avanzan hacia él en actitud amenazadora, pero que siempre se retiran o se disipan sin daño alguno si se les hace frente con decisión. A esta curiosa tendencia debe atribuirse el aspecto distorsionado o desagradable antes mencionado, y los autores medievales nos dicen que el hombre no tiene sino a sí mismo a quien culpar de su existencia. En la edad de oro anterior a este Kaliyuga, los hombres eran, en conjunto, menos egoístas y más espirituales, y entonces los «elementales» eran amistosos, aunque ahora ya no lo son a causa de la indiferencia y de la falta de compasión del hombre hacia los demás seres vivos. A juzgar por la maravillosa delicadeza con que la esencia responde a la más leve acción de nuestras mentes o de nuestros deseos, resulta claro que este reino elemental, en su conjunto, es en gran medida aquello que el pensamiento colectivo de la humanidad hace de él. Quien reflexione un instante sobre lo poco edificante que es probable que resulte en la actualidad la acción de ese pensamiento colectivo, verá pocos motivos para extrañarse de que cosechemos lo que hemos sembrado, y de que esta esencia, carente de todo poder de percepción y que solo recibe y refleja ciegamente lo que se proyecta sobre ella, muestre por lo general rasgos hostiles. No cabe duda de que, en razas o rondas posteriores, cuando la humanidad en su conjunto haya evolucionado a un nivel mucho más alto, los reinos elementales se verán influidos por el pensamiento transformado que incesantemente incide sobre ellos, y los encontraremos ya no hostiles, sino dóciles y serviciales, tal como se nos dice que también lo será el reino animal. Sea lo que fuere lo ocurrido en el pasado, es evidente que podemos esperar una «edad de oro» bastante pasable en el futuro, si llegamos a un tiempo en que la mayoría de los hombres sean nobles y desinteresados, y las fuerzas de la naturaleza cooperen de buen grado con ellos.

El hecho de que seamos tan fácilmente capaces de influir en los reinos elementales nos muestra de inmediato que tenemos una responsabilidad hacia ellos en cuanto al modo en que empleamos esa influencia; en efecto, cuando consideramos las condiciones en que existen, resulta evidente que el efecto producido sobre ellos por los pensamientos y deseos de todas las criaturas inteligentes que habitan el mismo mundo ha debido de tenerse en cuenta, en el plan de nuestro sistema, como un factor de su evolución. A pesar de la enseñanza constante de todas las grandes religiones, la masa de la humanidad sigue siendo del todo indiferente a su responsabilidad en el plano del pensamiento; si un hombre puede halagarse pensando que sus palabras y sus obras han sido inofensivas para los demás, cree haber hecho todo lo que de él pudiera exigirse, del todo ajeno al hecho de que puede llevar años ejerciendo una influencia empobrecedora y degradante sobre la mente de quienes lo rodean, y llenando el espacio circundante con las desagradables creaciones de una mente mezquina. Un aspecto aún más grave de esta cuestión se nos presentará cuando tratemos el elemental artificial; pero, en lo que respecta a la esencia, bastará decir que sin duda tenemos el poder de acelerar o de retrasar su evolución según el uso que, consciente o inconscientemente, hagamos de ella de manera continua.

Sería inútil, dentro de los límites de un tratado como el presente, intentar explicar los diferentes usos a los que quien se ha formado en su manejo puede aplicar las fuerzas inherentes a las múltiples variedades de esta esencia elemental. La inmensa mayoría de las ceremonias mágicas depende casi por entero de su manipulación, ya sea directamente por la voluntad del mago, ya sea por medio de alguna entidad astral más definida que este evoque con ese fin. Por su medio se producen casi todos los fenómenos físicos de la sala de sesiones espiritistas, y es también el agente en la mayoría de los casos de lanzamiento de piedras o de repique de campanas en casas encantadas, resultados estos últimos provocados bien por torpes intentos de llamar la atención por parte de alguna entidad humana atada a la tierra, bien por las meras travesuras de algunos de los

espíritus de la naturaleza menores pertenecientes a nuestra tercera clase. Pero el «elemental» no debe considerarse jamás un motor primero en sí mismo; es simplemente una fuerza latente, que necesita un poder externo que la ponga en movimiento. Cabe señalar que, aunque todas las clases de la esencia tienen el poder de reflejar imágenes de la luz astral del modo descrito, existen variedades que reciben ciertas impresiones con mucha mayor facilidad que otras, que tienen, por así decirlo, formas propias favoritas hacia las cuales, en caso de perturbación, fluirían naturalmente a menos que se las obligara a adoptar alguna otra, y tales formas tienden a ser algo menos evanescentes de lo habitual.

Antes de abandonar esta rama del tema, quizá convenga advertir al estudiante contra la confusión de ideas en que algunos han caído por no distinguir esta esencia elemental que hemos venido considerando de la esencia monádica que se manifiesta a través del reino mineral. Ha de tenerse presente que la esencia monádica, en una etapa de su evolución hacia la humanidad, se manifiesta a través del reino elemental, mientras que, en una etapa posterior, se manifiesta a través del reino mineral; pero el hecho de que dos cuerpos de esencia monádica en estas diferentes etapas se hallen en manifestación en el mismo instante, y de que una de estas manifestaciones (el elemental de la tierra) ocupe el mismo espacio que la otra (pongamos, una roca) y la habite, no interfiere en modo alguno con la evolución de una ni de otra, ni implica relación alguna entre los cuerpos de esencia monádica que residen en ambas. La roca estará también impregnada por su variedad correspondiente del omnipresente Jîva, o principio vital, pero esto, naturalmente, es de nuevo algo del todo distinto de cualquiera de las esencias antes mencionadas.

2. Los Kâmarûpas de los animales.

Esta es una clase sumamente numerosa, y sin embargo no ocupa una posición especialmente importante en el plano astral, ya que sus miembros permanecen allí, por lo general, muy poco tiempo. La inmensa mayoría de los animales no han adquirido todavía una

individualización permanente, y, cuando uno de ellos muere, la esencia monádica que se ha estado manifestando a través de él refluye de nuevo al estrato particular de donde procedía, llevando consigo el adelanto o la experiencia que haya alcanzado durante esa vida. No es capaz, sin embargo, de hacerlo de manera del todo inmediata; el aura kármica del animal se conforma en un Kâmarûpa, exactamente igual que en el caso del hombre, y el animal tiene una existencia real en el plano astral, cuya duración, aunque nunca grande, varía según la inteligencia que haya desarrollado. En la mayoría de los casos no parece tener más que una conciencia soñolienta, pero se muestra perfectamente feliz. Los relativamente pocos animales domésticos que ya han alcanzado la individualidad, y que por tanto no volverán a nacer como animales en este mundo, tienen una vida mucho más larga y mucho más vívida en el Kâmaloka que sus congéneres menos avanzados, y al final de ella se hunden gradualmente en una condición subjetiva, que probablemente durará un período bastante considerable. Una subdivisión interesante de esta clase la constituyen los Kâmarûpas de aquellos simios antropoides mencionados en *La Doctrina Secreta* (vol. i, p. 184), que ya están individualizados y estarán listos para tomar encarnación humana en la próxima ronda, o quizá algunos de ellos incluso antes.

3. Espíritus de la naturaleza de toda clase.

Tan numerosas y tan variadas son las subdivisiones de esta clase que, para hacerles algo así como justicia, sería necesario dedicar un tratado aparte únicamente a este tema. Sin embargo, todas ellas tienen en común ciertos rasgos, y bastará aquí intentar dar alguna idea de estos. Para empezar, hemos de comprender que estamos tratando aquí con entidades que difieren radicalmente de todo cuanto hemos considerado hasta ahora. Aunque podamos clasificar con razón la esencia elemental y el Kâmarûpa animal como no humanos, la esencia monádica que se manifiesta a través de ellos evolucionará, no obstante, con el tiempo, hasta el nivel de manifestarse a través de alguna futura humanidad comparable a la nuestra, y, si pudiéramos mirar hacia atrás, a través de incontables

edades, nuestra propia evolución en manvántaras anteriores, descubriríamos que aquello que ahora somos nosotros mismos ha pasado, en su camino ascendente, por etapas semejantes. Este no es, sin embargo, el caso del vasto reino de los espíritus de la naturaleza; ni han sido, ni jamás serán, miembros de una humanidad como la nuestra; su línea de evolución es enteramente distinta, y su única conexión con nosotros consiste en nuestra ocupación temporal del mismo planeta. Naturalmente, como somos vecinos por el momento, nos debemos mutuamente la cortesía propia de vecinos cuando nos encontramos, pero nuestras líneas de desarrollo difieren tan ampliamente que poco puede hacer cada uno por el otro.

Muchos autores han incluido a estos espíritus entre los elementales, y, en efecto, son los elementales (o quizá, para hablar con mayor exactitud, los animales) de una evolución superior. Aunque mucho más desarrollados que nuestra esencia elemental, tienen todavía ciertos rasgos en común con ella; por ejemplo, también ellos se dividen en siete grandes clases, que habitan respectivamente los mismos siete estados de la materia ya mencionados como impregnados por las variedades correspondientes de la esencia. Así, para tomar aquellos que nos resultan más fácilmente comprensibles, existen espíritus de la tierra, del agua, del aire y del fuego (o éter): entidades astrales definidas e inteligentes que residen y funcionan en cada uno de esos medios. Cabría preguntarse cómo es posible que ninguna clase de criatura habite la sustancia sólida de una roca, o de la corteza terrestre. La respuesta es que, dado que los espíritus de la naturaleza están formados de materia astral, la sustancia de la roca no supone impedimento alguno para su movimiento ni para su visión, y, además, la materia física en su estado sólido es su elemento natural, el único al que están acostumbrados y en el que se sienten como en su propia casa. Lo mismo es válido, naturalmente, para quienes viven en el agua, en el aire o en el éter. En la literatura medieval, a estos espíritus de la tierra se los llama a menudo gnomos, mientras que a los espíritus del agua se los denomina ondinas, a los del aire,

silfos, y a los del éter, salamandras. En el lenguaje popular se los conoce por muchos nombres: hadas, duendecillos, elfos, duendes domésticos, peris, genios, trolls, sátiros, faunos, kobolds, diablillos, trasgos, buena gente, etc., aplicándose algunos de estos nombres solo a una variedad, y otros indiscriminadamente a todas. Sus formas son muchas y variadas, pero con mayor frecuencia de figura humana y de tamaño algo diminuto. Como casi todos los habitantes del plano astral, son capaces de adoptar a voluntad cualquier apariencia, pero sin duda tienen formas propias definidas, o quizá deberíamos decir mejor formas favoritas, que visten cuando no tienen ningún objeto especial en adoptar otra distinta. Naturalmente, en condiciones ordinarias no son en absoluto visibles a la vista física, pero tienen el poder de hacerse visibles mediante materialización cuando desean ser vistos.

Existe entre ellos un número inmenso de subdivisiones o razas, y los individuos de estas subdivisiones difieren en inteligencia y disposición exactamente igual que los seres humanos. La gran mayoría de ellos prefiere, al parecer, evitar por completo al hombre; sus costumbres y emanaciones les resultan desagradables, y el incesante torrente de corrientes astrales que suscitan sus deseos inquietos y desordenados los perturba y molesta. Por otra parte, no faltan casos en los que los espíritus de la naturaleza han trabado, por así decirlo, amistad con seres humanos y les han ofrecido cuanto auxilio estaba en su mano, como en las conocidas historias que se cuentan de los duendes domésticos escoceses o de las hadas que encienden el fuego, mencionadas en la literatura espiritista. Esta actitud servicial, sin embargo, es relativamente rara, y en la mayoría de los casos, cuando entran en contacto con el hombre, muestran indiferencia o antipatía, o bien se complacen traviesamente en engañarlo y en gastarle bromas pueriles. Puede hallarse más de una historia ilustrativa de esta curiosa peculiaridad en las habladerías aldeanas del campesinado de casi cualquier comarca montañosa y solitaria, y cualquiera que haya tenido la costumbre de asistir a sesiones espiritistas en busca de fenómenos físicos recordará casos de bromas pesadas y de un jolgorio necio, aunque por lo general de

buen carácter, que siempre delatan la presencia de alguna de las órdenes inferiores de los espíritus de la naturaleza. Se ven muy ayudados en sus travesuras por el maravilloso poder que poseen de arrojar un hechizo sobre quienes se entregan a su influjo, de modo que tales víctimas, durante ese tiempo, solo ven y oyen lo que estas hadas les imprimen en la mente, exactamente igual que el sujeto mesmerizado ve, oye, siente y cree cuanto quiere el magnetizador. Los espíritus de la naturaleza, sin embargo, no poseen el poder que tiene el mesmerizador de dominar la voluntad humana, salvo en el caso de personas de una debilidad mental verdaderamente insólita, o de quienes se dejan caer en tal estado de terror indefenso que su voluntad queda temporalmente en suspenso; no pueden ir más allá del engaño de los sentidos, pero en ese arte son, sin duda, maestros consumados, y no faltan casos en que han arrojado su hechizo sobre un considerable número de personas a la vez. Invocando su auxilio en el ejercicio de este peculiar poder es como se realizan algunas de las más asombrosas proezas de los prestidigitadores indios, quedando de hecho todo el público alucinado y llevado a imaginar que ve y oye toda una serie de sucesos que en realidad no han tenido lugar en absoluto.

Casi podríamos considerar a los espíritus de la naturaleza como una especie de humanidad astral, de no ser porque ninguno de ellos —ni siquiera los más elevados— posee una individualidad reencarnante permanente. Al parecer, pues, un punto en el que su línea de evolución difiere de la nuestra es que en ellos se desarrolla una proporción mucho mayor de inteligencia antes de que se produzca la individualización permanente; pero de las etapas por las que han pasado, y de aquellas por las que aún han de pasar, poco podemos saber. Los períodos de vida de las diferentes subdivisiones varían enormemente, siendo unos bastante cortos y otros mucho más largos que la vida humana. Nos hallamos tan enteramente fuera de una vida como la suya que nos resulta imposible comprender gran cosa de sus condiciones; pero, en conjunto, parece tratarse de una existencia sencilla, gozosa e irresponsable, muy semejante a la que llevaría un grupo de niños felices en un entorno físico

excepcionalmente favorable. Aunque bribones y traviesos, rara vez son malignos si no se los provoca con alguna intrusión o molestia injustificada; pero, como grupo, participan también en cierta medida de ese sentimiento universal de desconfianza hacia el hombre, y por lo general parecen inclinados a resentirse un tanto ante la primera aparición de un neófito en el plano astral, de manera que este suele trabar conocimiento con ellos bajo alguna forma desagradable o aterradora. Si, no obstante, el neófito se niega a dejarse asustar por ninguna de sus travesuras, no tardan en aceptarlo como un mal necesario y dejan de prestarle atención, mientras que algunos de ellos, incluso, con el tiempo pueden llegar a mostrarse amistosos y manifestar satisfacción al encontrarse con él.

Algunas de las muchas subdivisiones de esta clase son mucho menos infantiles y más dignas que aquellas que hemos venido describiendo, y de estas secciones proceden las entidades que en ocasiones han sido veneradas bajo el nombre de dioses de los bosques, o dioses locales de las aldeas. Tales entidades serían muy sensibles a la lisonja que implica la veneración que se les tributa, disfrutarían de ella y sin duda estarían bien dispuestas a prestar, en correspondencia, cualquier pequeño servicio que estuviera en su mano. (El dios de la aldea es también, con frecuencia, una entidad artificial, pero esa variedad se estudiará en el lugar que le corresponde.) El Adepto sabe cómo servirse de la ayuda de los espíritus de la naturaleza cuando la necesita, pero el mago corriente solo puede obtener su asistencia mediante procedimientos de invocación o de evocación, es decir, atrayendo su atención en calidad de suplicante y concertando con ellos una especie de trato, o bien procurando poner en marcha influjos que fuercen su obediencia. Ambos métodos son sumamente desaconsejables, y el segundo, además, es en extremo peligroso, ya que el operador suscitaría una hostilidad decidida que podría resultarle fatal. Ni que decir tiene que a nadie que estudie el ocultismo bajo la dirección de un Maestro cualificado se le permitiría jamás intentar nada de esta naturaleza.

4. *Los Devas.*

El más elevado sistema de evolución vinculado a esta tierra, por lo que sabemos, es el de los seres a quienes los hindúes llaman los Devas, y que en otros lugares han recibido el nombre de ángeles, hijos de Dios, etc. Pueden considerarse, en efecto, como un reino que se sitúa inmediatamente por encima de la humanidad, del mismo modo que la humanidad, a su vez, se sitúa inmediatamente por encima del reino animal, aunque con esta diferencia importante: que mientras para un animal no existe posibilidad de evolución sino a través del reino humano, el hombre, cuando alcanza cierto nivel elevado, ve abrirse ante sí diversos caminos de progreso, de los cuales esta gran evolución dévica no es sino uno. En comparación con la sublime renuncia del Nirmânakâya, la aceptación de esta línea de evolución se describe a veces en los libros como «ceder a la tentación de convertirse en un dios», pero de esta expresión no debe inferirse que recaiga sombra alguna de censura sobre el hombre que hace tal elección. El camino que este elige no es el más corto, pero no por ello deja de ser muy noble, y si su intuición desarrollada lo impulsa hacia él, es probable que sea el que mejor conviene a sus capacidades. No debemos olvidar nunca que, tanto en la ascensión espiritual como en la física, no todo el mundo puede soportar el esfuerzo del camino más empinado; puede haber muchos para quienes lo que parece la vía más lenta sea la única posible, y seríamos, en verdad, indignos seguidores de los grandes Maestros si permitiéramos que nuestra ignorancia nos indujera al más leve pensamiento de desdén hacia aquellos cuya elección difiere de la nuestra. Por muy confiados que la ignorancia de las dificultades del futuro pueda hacernos sentir ahora, nos resulta imposible saber en esta etapa lo que seremos capaces de hacer cuando, tras muchas vidas de paciente esfuerzo, hayamos ganado el derecho a elegir nuestro propio futuro; y, en efecto, incluso aquellos que «ceden a la tentación de convertirse en dioses» tienen ante sí una carrera suficientemente gloriosa, como pronto se verá. Para evitar posibles malentendidos, cabe mencionar *par parenthèse* que a esta frase de «convertirse en un dios» se le atribuye a veces en los libros otro sentido, enteramente maligno, pero que, bajo esa forma, jamás podría ciertamente constituir «tentación» alguna para el hombre

desarrollado, y que en cualquier caso resulta del todo ajeno a nuestro presente asunto.

En la literatura oriental, esta palabra «Deva» se emplea con frecuencia de manera vaga para designar casi cualquier tipo de entidad no humana, de modo que suele incluir, por un lado, a los DHYÂN CHOHANS y, por otro, a los espíritus de la naturaleza y a los elementales artificiales. Aquí, sin embargo, su uso quedará restringido a la magnífica evolución que ahora estamos considerando. Aunque vinculados a esta tierra, los Devas no se hallan en modo alguno confinados a ella, pues toda nuestra actual cadena de siete mundos es para ellos como un solo mundo, ya que su evolución discurre a través de un gran sistema de siete cadenas. Sus huestes se han reclutado hasta ahora principalmente de otras humanidades del sistema solar, algunas inferiores y otras superiores a la nuestra, puesto que solo una porción muy pequeña de la nuestra ha alcanzado ya el nivel en que nos es posible unirnos a ellos; pero parece cierto que algunas de sus muy numerosas clases no han pasado en su progreso ascendente por ninguna humanidad en absoluto comparable a la nuestra. No nos es posible por ahora comprender gran cosa acerca de ellos, pero resulta claro que lo que podría describirse como el fin de su evolución es considerablemente más elevado que el nuestro; es decir, mientras que el objeto de nuestra evolución humana es elevar a la porción victoriosa de la humanidad hasta cierto grado de desarrollo oculto al final de la séptima ronda, el objeto de la evolución dévica es elevar a su vanguardia hasta un nivel muchísimo más alto en el período correspondiente. Para ellos, como para nosotros, se abre al esfuerzo sincero un camino más empinado, aunque más corto, hacia alturas aún más sublimes; pero cuáles puedan ser esas alturas en su caso solo podemos conjeturarlo.

Es, desde luego, solo el margen inferior de esta augusta hueste el que precisa mencionarse en relación con nuestro tema del plano astral. Sus tres grandes divisiones inferiores (comenzando desde abajo) se denominan generalmente Kâmadevas, Rûpadevas y Arûpadevas, respectivamente. Del mismo modo que nuestro cuerpo

ordinario aquí —el más bajo que nos es posible tener— es el físico, así el cuerpo ordinario de un Kâmadeva es el astral; de manera que ocupa una posición algo semejante a la que ocupará la humanidad cuando alcance el planeta F, y él, viviendo ordinariamente en un cuerpo astral, saldría de este hacia esferas superiores en un Mâyâvirûpa, tal como nosotros podríamos hacerlo desde un cuerpo astral, mientras que entrar en el Kârana Sharîra no le supondría a él (una vez suficientemente desarrollado) mayor esfuerzo del que a nosotros nos supone formar un Mâyâvirûpa. De igual modo, el cuerpo ordinario del Rûpadeva sería el Mâyâvirûpa, puesto que su hábitat se encuentra en los cuatro niveles inferiores, o rûpa, de ese estado espiritual que solemos llamar Devachan; mientras que el Arûpadeva pertenece a los tres niveles superiores de ese plano, y no posee una aproximación a un cuerpo más cercana que el Kârana Sharîra. Pero que los Rûpadevas y los Arûpadevas se manifiesten en el plano astral es un suceso al menos tan raro como que las entidades astrales se materialicen en este plano físico, de modo que por ahora basta con mencionarlos. En cuanto a la división más baja —los Kâmadevas—, sería un grave error considerarlos a todos inconmensurablemente superiores a nosotros, ya que algunos han ingresado en sus filas procedentes de una humanidad en ciertos aspectos menos avanzada que la nuestra; desde luego, el promedio general entre ellos es mucho más alto que entre nosotros, pues todo lo que es activa o deliberadamente malo hace ya tiempo que ha sido eliminado de sus filas; pero difieren ampliamente en disposición, y un hombre verdaderamente noble, desinteresado y de espíritu elevado bien puede situarse más alto en la escala de la evolución que algunos de ellos. Su atención puede atraerse mediante ciertas evocaciones mágicas, pero la única voluntad humana capaz de dominar la suya es la de cierta clase elevada de Adeptos. Por regla general, parecen apenas conscientes de nosotros en nuestro plano físico, pero de cuando en cuando sucede que alguno de ellos advierte alguna dificultad humana que despierta su compasión, y quizá preste alguna ayuda, del mismo modo que cualquiera de nosotros trataría de socorrer a un animal que viera en apuros. Pero entre ellos se comprende bien que cualquier interferencia en los

asuntos humanos, en la etapa presente, es probable que haga mucho más daño que bien. Por encima de los Arûpadevas hay otras cuatro grandes divisiones, y más allá aún, por encima del reino dévico en su conjunto, se alzan las grandes huestes de los DHYÂN CHOHANS, pero la consideración de tan gloriosos Seres estaría fuera de lugar en un ensayo sobre el plano astral.

Aunque no podemos afirmar que pertenezcan exactamente a ninguna de nuestras clases, este es quizá el mejor lugar para mencionar a esos maravillosos e importantes Seres, los cuatro Devarâjahs. En este nombre, sin embargo, la palabra Deva no debe entenderse en el sentido en que la hemos venido empleando, pues no es sobre el reino dévico, sino sobre los cuatro «elementos» de tierra, agua, aire y fuego, con sus espíritus de la naturaleza y esencias moradoras, sobre lo que reinan estos cuatro Reyes. Cuál haya sido la evolución por la que se elevaron hasta su actual grado de poder y sabiduría no podemos decirlo, salvo que ciertamente no ha pasado por nada equiparable a nuestra propia humanidad. Se habla de ellos con frecuencia como los Regentes de la Tierra, o los Ángeles de los cuatro puntos cardinales, y los libros hindúes los llaman los Chatur Mahârâjahs, dándoles los nombres de Dhritarashtra, Virudhaka, Virupaksha y Vaishravana. En esos mismos libros, sus huestes reciben el nombre de Gandharvas, Kumbhandas, Nâgas y Yakshas, respectivamente, correspondiéndoles en ese orden los puntos cardinales de este, sur, oeste y norte, y sus colores simbólicos el blanco, el azul, el rojo y el oro. Se los menciona en *La Doctrina Secreta* como «globos alados y ruedas de fuego»; y en la Biblia cristiana, Ezequiel hace un intento verdaderamente notable de describirlos, empleando palabras muy semejantes. Se encuentran referencias a ellos en la simbología de todas las religiones, y siempre han sido tenidos en la más alta veneración como protectores de la humanidad. Son ellos los agentes del Karma del hombre durante su vida en la tierra, y desempeñan así un papel sumamente importante en el destino humano. Los LIPIKA, las grandes deidades kármicas del Kosmos, sopesan los actos de cada personalidad cuando se produce en el Kâmaloka la separación final de sus principios, y dan,

por así decirlo, el molde de un doble etérico exactamente adecuado a su Karma para el próximo nacimiento del hombre; pero son los Devarâjahs quienes, teniendo bajo su mando los «elementos» de que ha de componerse ese doble etérico, disponen su proporción de modo que cumplan con exactitud la intención de los LIPIKA. Son ellos también quienes vigilan constantemente, a lo largo de toda la vida, para contrapesar los cambios que sin cesar introducen en la condición del hombre tanto su propio libre albedrío como el de quienes lo rodean, de modo que no se cometa injusticia alguna y el Karma pueda cumplirse con exactitud, si no de una manera, de otra. Hallará el lector una docta disertación sobre estos maravillosos seres en *La Doctrina Secreta*, vol. i, pp. 122-126. Son capaces de adoptar formas materiales humanas a voluntad, y se registran varios casos en que así lo han hecho. Todos los espíritus superiores de la naturaleza y las huestes de elementales artificiales actúan como agentes suyos en la ingente obra que llevan a cabo, pero todos los hilos están en sus manos, y sobre ellos solos recae toda la responsabilidad. No es frecuente que se manifiesten en el plano astral, pero cuando lo hacen son, sin duda, los más notables de sus habitantes no humanos. No hará falta decirle al estudiante de ocultismo que, dado que existen siete grandes clases tanto de espíritus de la naturaleza como de esencia elemental, en realidad debe de haber siete Devarâjahs, y no cuatro; pero fuera del círculo de la iniciación se sabe poco, y menos aún puede decirse, de los tres superiores.

III. ARTIFICIALES

Esta, la clase más numerosa de entidades astrales, es también, con mucho, la más importante para el hombre. Al ser enteramente creación suya, se halla vinculada a él por los lazos kármicos más estrechos, y su acción sobre él es directa e incesante. Se trata de una enorme masa informe de entidades semiinteligentes, que difieren entre sí tanto como difieren los pensamientos humanos, y prácticamente incapaz de someterse a clasificación u ordenación alguna. La única división que puede establecerse con utilidad es la que distingue entre los elementales artificiales que la mayoría de la humanidad crea inconscientemente y los que crean los magos con intención definida; podemos relegar a una tercera clase al número, muy reducido, de entidades artificialmente dispuestas que no son elementales en absoluto.

1. *Elementales formados inconscientemente.*

Ya se ha explicado que la esencia elemental que nos rodea por todas partes es, en todas sus innumerables variedades, singularmente sensible al influjo del pensamiento humano. Ya se ha descrito la acción que sobre ella ejerce el mero pensamiento errante y casual, que la hace estallar en una nube de formas evanescentes y de rápido movimiento; nos queda ahora observar cómo se ve afectada cuando la mente humana formula un pensamiento o deseo definido y deliberado. El efecto que se produce es de lo más llamativo. El pensamiento se apodera de la plástica esencia y la moldea al instante en un ser vivo de forma apropiada, ser que, una vez así creado, no se halla en modo alguno bajo el control de su

creador, sino que vive una vida propia, cuya duración es proporcional a la intensidad del pensamiento o deseo que lo llamó a la existencia. Dura, en efecto, exactamente lo mismo que la fuerza del pensamiento lo mantiene cohesionado. Los pensamientos de la mayoría de las personas son tan fugaces e indecisos que los elementales que crean duran solo unos minutos o unas horas, pero un pensamiento repetido con frecuencia, o un deseo sincero, formará un elemental cuya existencia puede prolongarse muchos días. Dado que los pensamientos del hombre corriente se refieren en muy buena medida a sí mismo, los elementales que forma permanecen rondándolo, y tienden constantemente a provocar la repetición de la idea que representan, ya que tales repeticiones, en lugar de formar nuevos elementales, fortalecerían al antiguo y le darían un nuevo plazo de vida. Un hombre, por tanto, que se detiene con frecuencia en un mismo deseo, se forma a menudo un acompañante astral que, alimentado constantemente por nuevos pensamientos, puede perseguirlo durante años, ganando cada vez más fuerza e influjo sobre él; y fácilmente se comprenderá que, si el deseo es malo, el efecto sobre su naturaleza moral puede ser de lo más desastroso.

Todavía más preñados de consecuencias, para bien o para mal, son los pensamientos de un hombre acerca de otras personas, pues en tal caso no rondan al que piensa, sino al objeto del pensamiento. Un pensamiento benévolo acerca de cualquier persona, o un deseo sincero de su bien, formará y proyectará hacia ella un elemental artificial amistoso; si el deseo es concreto, por ejemplo, que se recupere de alguna enfermedad, el elemental será entonces una fuerza que rondará constantemente sobre ella para favorecer su recuperación, o para desviar cualquier influjo que tienda a entorpecerla, y al hacerlo desplegará lo que parece una considerable cantidad de inteligencia y capacidad de adaptación, aunque en realidad no es sino una fuerza que actúa según la línea de menor resistencia, empujando de manera constante en una sola dirección durante todo el tiempo, y aprovechando cualquier vía que pueda encontrar, tal como el agua de una cisterna hallaría en un instante el

único tubo abierto entre una docena de cerrados, y procedería a vaciarse por él. Si el deseo es meramente indefinido, por el bien general de la persona, la esencia elemental, con su maravillosa plasticidad, responderá con igual exactitud a esa idea menos precisa, y la criatura formada gastará su fuerza en la dirección de cualquier acción en beneficio del hombre que le resulte más fácil de emprender. Desde luego, en todos los casos, la cantidad de esa fuerza que ha de gastar, y el tiempo que vivirá para gastarla, dependen enteramente de la intensidad del deseo o pensamiento original que le dio origen; aunque conviene recordar que puede, por así decirlo, ser alimentado y fortalecido, y prolongarse su período de vida, mediante otros deseos benévolos o pensamientos amistosos proyectados en la misma dirección.

Además, parece hallarse animado, como la mayoría de los demás seres, por un deseo instintivo de prolongar su vida, y así reacciona sobre su creador como una fuerza que tiende constantemente a provocar la renovación del sentimiento que lo llamó a la existencia. Influye también de manera semejante sobre otras personas con las que entra en contacto, aunque su *rapport* con ellas no sea, naturalmente, tan perfecto.

Todo lo que se ha dicho respecto al efecto de los buenos deseos y los pensamientos amistosos es igualmente cierto en sentido contrario, respecto a los deseos malignos y los pensamientos coléricos; y, considerando la cantidad de envidia, odio, malicia y falta de caridad que existe en el mundo, se comprenderá fácilmente que entre los elementales artificiales pueden verse muchas criaturas terribles. Un hombre cuyos pensamientos o deseos son rencorosos, brutales, sensuales, codiciosos, se mueve por el mundo llevando consigo a todas partes una atmósfera pestilente propia, poblada de los seres repugnantes que ha creado para que le hagan compañía, y así no solo se encuentra él mismo en una lamentable condición, sino que constituye una molestia peligrosa para sus semejantes, exponiendo a todo el que tenga la desgracia de entrar en contacto con él al riesgo de un contagio moral procedente del influjo de las abominaciones con que ha elegido rodearse. Un sentimiento de odio

envidioso o celoso hacia otra persona enviará un elemental maligno a rondar sobre ella y a buscar algún punto débil por el que pueda operar; y si el sentimiento es persistente, tal criatura puede ser continuamente alimentada por él, y verse así en condiciones de prolongar su indeseable actividad durante un período muy largo. No puede, sin embargo, producir efecto alguno sobre la persona a quien se dirige, a menos que esta tenga en sí misma alguna tendencia que le sirva de sustento, un punto de apoyo para su palanca, por así decirlo; del aura de un hombre de pensamiento puro y de vida recta rebotan al instante todos esos influjos, sin hallar nada a lo que puedan asirse, y en tal caso, por una ley muy curiosa, recaen con toda su fuerza sobre su creador original. En él, por hipótesis, encuentran una esfera de acción muy propicia, y así el Karma de su deseo maligno se cumple de inmediato por medio de la misma entidad que él ha llamado a la existencia. Ocurre a veces, sin embargo, que un elemental artificial de esta clase, por diversas razones, no puede gastar su fuerza ni sobre su objeto ni sobre su creador, y en tales casos se convierte en una especie de demonio errante, fácilmente atraído por cualquier persona que se entregue a sentimientos semejantes a los que le dieron origen, y dispuesto por igual a estimular tales sentimientos en ella, en aras de la fuerza que pueda obtener de ellos, o a derramar sobre ella su reserva de influjo maligno por cualquier resquicio que ella le ofrezca. Si es lo bastante poderoso para apoderarse de algún cascarón de paso y habitarlo, con frecuencia lo hace, ya que la posesión de un hogar así, aunque temporal, le permite administrar con más cuidado sus terribles recursos. Bajo esta forma puede manifestarse a través de un médium, y, haciéndose pasar por algún amigo conocido, puede a veces obtener sobre las personas un influjo que de otro modo apenas tendría.

Lo que antecede servirá para reforzar la afirmación ya hecha acerca de la importancia de mantener un control riguroso sobre nuestros pensamientos. Más de un hombre bien intencionado, que pone escrupuloso cuidado en cumplir su deber para con su prójimo de palabra y de obra, tiende a considerar que sus pensamientos, al

menos, no son asunto de nadie más que suyo, y así los deja desbocarse en diversas direcciones, del todo inconsciente de los enjambres de criaturas funestas que está lanzando sobre el mundo. Para tal hombre, una comprensión exacta del efecto del pensamiento y del deseo en la producción de elementales artificiales supondría una revelación horripilante; en cambio, sería el mayor consuelo para muchas almas devotas y agradecidas que se sienten abrumadas por no poder hacer nada a cambio de la bondad que sus bienhechores han derramado sobre ellas. Pues los pensamientos amistosos y los deseos sinceros de bien se formulan con la misma facilidad y eficacia por el más pobre que por el más rico, y está al alcance de casi cualquier hombre, si se toma la molestia, mantener lo que es, en la práctica, un buen ángel siempre al lado del hermano o la hermana, del amigo o del hijo a quien más ama, sin importar en qué parte del mundo se encuentre. Muchas veces los pensamientos y las oraciones amorosas de una madre se han convertido en un ángel guardián para su hijo, y, salvo en el caso casi imposible de que el niño no tuviera en sí ningún instinto sensible a un buen influjo, le han prestado sin duda ayuda y protección. Tales guardianes pueden verse a menudo mediante la visión clarividente, y ha habido incluso casos en que alguno de ellos ha tenido fuerza suficiente para materializarse y hacerse visible por un momento a la vista física. Un hecho curioso que merece mencionarse aquí es que, incluso tras el paso de la madre a la condición devachánica, el amor que derrama sobre los hijos que imagina a su alrededor repercutirá sobre los hijos reales que aún viven en este mundo, y sostendrá a menudo al elemental guardián que ella creó mientras estaba en la tierra, hasta que sus seres queridos, a su vez, fallezcan también. Como observa Madame Blavatsky, «su amor será siempre sentido por los hijos en la carne; se manifestará en sus sueños y a menudo en diversos sucesos, en protecciones y escapes providenciales, pues el amor es un escudo poderoso, y no está limitado por el espacio ni por el tiempo» (*Clave de la Teosofía*, p. 150). Sin embargo, no todas las historias sobre la intervención de ángeles guardianes deben atribuirse a la acción de elementales artificiales, pues en muchos casos tales «ángeles» han sido las almas de seres humanos vivos o

recién fallecidos, y también, en ocasiones, aunque raramente, han sido Devas.

Este poder que posee un deseo sincero, sobre todo si se repite con frecuencia, de crear un elemental activo que empuja siempre con fuerza en la dirección de su propio cumplimiento, es la explicación científica de lo que las personas devotas, pero poco dadas a la filosofía, describen como respuestas a la oración. Hay ocasiones, aunque en el momento presente son raras, en que el Karma de la persona que ora es tal que permite que un Adepto, o su discípulo, le preste asistencia directa, y existe también la posibilidad, aún más rara, de la intervención de un Deva o de algún espíritu de la naturaleza amistoso; pero en todos estos casos, la forma más sencilla y evidente que puede adoptar tal asistencia sería el fortalecimiento y la dirección inteligente del elemental ya formado por el deseo.

Un ejemplo muy curioso e instructivo de la extremada persistencia de estos elementales artificiales en circunstancias favorables llegó hace poco a conocimiento de uno de nuestros investigadores. Todo lector de la literatura sobre estos temas sabe que a muchas de nuestras familias antiguas se les atribuye un tradicional aviso de muerte: un fenómeno de una u otra clase que anuncia, por lo general con varios días de antelación, el próximo fallecimiento del cabeza de familia. Un ejemplo pintoresco de ello es la conocida historia del pájaro blanco de los Oxenham, cuya aparición se reconoce, desde los tiempos de la reina Isabel, como presagio seguro de la muerte de algún miembro de la familia; otro es el coche espectral que, según se cuenta, llega hasta la puerta de cierto castillo del norte cuando se aproxima una calamidad semejante. Un fenómeno de este orden se da en la familia de uno de nuestros miembros, aunque de un tipo mucho más común y menos llamativo que los anteriores, consistente tan solo en una solemne e impresionante melodía fúnebre que se oye flotar, al parecer, en el aire tres días antes de que se produzca la muerte. Nuestro miembro, tras haber oído él mismo dos veces ese místico sonido, comprobando en ambos casos que su aviso era del todo exacto, y

sabiendo además que, según la tradición familiar, lo mismo venía sucediendo desde hacía varios siglos, se propuso buscar por métodos ocultos la causa que subyacía a tan extraño fenómeno. El resultado fue inesperado, pero interesante. Resultó que, en algún momento del siglo XII, el cabeza de familia partió a las cruzadas, como tantos otros hombres valerosos, y llevó consigo, para ganar sus espuelas en la causa sagrada, a su hijo menor y predilecto, un joven prometedor cuyo éxito en la vida era el deseo más querido del corazón de su padre. Por desgracia, sin embargo, el joven murió en combate, y el padre se sumió en las mayores profundidades de la desesperación, lamentando no solo la pérdida de su hijo, sino, más aún, el hecho de que hubiera sido segado tan repentinamente en el pleno vigor de una juventud despreocupada y no del todo intachable. Tan hondo, en efecto, fue el sentimiento del anciano que se despojó de su armadura de caballero e ingresó en una de las grandes órdenes monásticas, haciendo voto de consagrar el resto de su vida a la oración: primero, por el alma de su hijo, y, en segundo lugar, para que en adelante ningún descendiente suyo volviera jamás a afrontar lo que a su mente sencilla y piadosa se le antojaba el terrible peligro de encontrar la muerte sin estar preparado. Día tras día, durante muchos años, vertió toda la energía de su alma en el cauce de aquel único e intenso deseo, creyendo firmemente que, de un modo u otro, se lograría el resultado que con tanto ardor deseaba. Al estudiante de ocultismo no le costará gran trabajo decidir cuál sería el efecto de una corriente de pensamiento tan definida y sostenida durante tanto tiempo; nuestro caballeresco monje creó un elemental artificial de inmenso poder y de gran capacidad de recursos para su objeto particular, y acumuló en su interior una reserva de fuerza que le permitiría cumplir sus deseos durante un período indefinido. Un elemental es una batería de acumulación perfecta, de la que prácticamente no hay fuga alguna; y si recordamos cuál debió de ser su fuerza original, y con qué relativa poca frecuencia se le habría exigido desplegarla, apenas nos sorprenderá que incluso hoy exhiba una vitalidad intacta, y que siga advirtiéndolo a los descendientes directos del viejo cruzado de su muerte inminente, repitiendo en sus oídos aquella extraña música de

lamento que fue la endecha de un joven y valeroso soldado, hace setecientos años, en Palestina.

2. Elementales formados conscientemente.

Puesto que resultados como los descritos más arriba se han logrado mediante la fuerza del pensamiento de hombres que ignoraban por completo lo que estaban haciendo, se comprenderá fácilmente que un mago que entienda la materia, y que pueda ver con exactitud qué efecto está produciendo, puede ejercer en este terreno un poder inmenso. De hecho, los ocultistas tanto de la escuela blanca como de la oscura emplean con frecuencia elementales artificiales en su labor, y pocas son las tareas que quedan fuera del alcance de tales criaturas cuando se las prepara científicamente y se las dirige con conocimiento y destreza; pues quien sabe hacerlo puede mantener una conexión con su elemental y guiarlo, sin importar a qué distancia esté actuando, de modo que este obrará prácticamente como si estuviera dotado de toda la inteligencia de su amo. De este modo se han proporcionado a veces ángeles guardianes muy concretos y muy eficaces, aunque probablemente es muy rara la ocasión en que el Karma permite una injerencia tan decidida en la vida de una persona. En un caso así, sin embargo, como el de un discípulo de los Adeptos que, en el curso de su labor para ellos, pudiera correr el riesgo de ser atacado por fuerzas a las que su propia fuerza, sin ayuda, sería del todo incapaz de hacer frente, se han otorgado guardianes de esta clase, que han demostrado cumplidamente su vigilancia insomne y su tremendo poder. Mediante algunos de los procedimientos más avanzados de la magia negra pueden asimismo llamarse a la existencia elementales artificiales de gran poder, y por medio de tales entidades se ha obrado mucho mal de diversas maneras. Pero es cierto de ellos, como de la clase anterior, que si se dirigen contra una persona a la que, por la pureza de su carácter, no logran influir, reaccionan con terrible fuerza sobre su creador; de modo que la historia medieval del mago despedazado por los demonios que él mismo había suscitado no es una mera fábula, sino que bien puede tener un fundamento tan cierto como espantoso.

Tales criaturas, en ocasiones y por diversas razones, escapan al control de quienes tratan de servirse de ellas, y se convierten en demonios errantes y sin propósito, como sucede en circunstancias similares con algunos de los mencionados en el apartado anterior; pero las que ahora consideramos, al poseer mucha más inteligencia y poder, y una existencia mucho más larga, son proporcionalmente más peligrosas. Buscan invariablemente medios de prolongar su vida, ya sea alimentándose, como vampiros, de la vitalidad de los seres humanos, ya sea induciéndolos a hacerles ofrendas; y entre tribus sencillas y semisalvajes, mediante un manejo hábil, han conseguido con frecuencia hacerse reconocer como dioses de aldea o de familia. Toda deidad que exige sacrificios que impliquen derramamiento de sangre puede darse siempre por perteneciente a la clase más baja y repugnante de este orden; otros tipos menos objetables se contentan a veces con ofrendas de arroz y de alimentos cocinados de diversas clases. Hay regiones de la India donde ambas variedades pueden hallarse floreciendo aún hoy en día, y en África son probablemente bastante numerosas. Por medio del sustento que puedan obtener de las ofrendas, y más aún mediante la vitalidad que extraen de sus devotos, pueden seguir prolongando su existencia durante muchos años, o incluso siglos, conservando fuerza suficiente para realizar de vez en cuando fenómenos de tipo moderado con el fin de estimular la fe y el celo de sus seguidores, y haciéndose invariablemente desagradables de una u otra manera si se descuidan los sacrificios acostumbrados. Por ejemplo, se afirmó recientemente que, en cierta aldea de la India, sus habitantes habían comprobado que, cada vez que por alguna razón la deidad local no recibía sus comidas habituales, comenzaban a declararse incendios espontáneos con alarmante frecuencia entre las cabañas, a veces tres o cuatro a la vez, en casos en que declaraban que era imposible sospechar de la intervención humana; y sin duda acudirán a la memoria de cualquier lector que conozca algo de los rincones apartados de ese más maravilloso de todos los países otras historias de índole más o menos semejante.

El arte de fabricar elementales artificiales de extremada virulencia y poder parece haber sido una de las especialidades de los magos de la Atlántida, «los señores del rostro oscuro». En *La Doctrina Secreta* (vol. ii, p. 427) se ofrece un ejemplo de sus capacidades en este terreno, donde leemos acerca de aquellos maravillosos animales parlantes que había que aplacar con una ofrenda de sangre, no fuera que despertasen a sus amos y les advirtieran de la destrucción inminente. Pero, aparte de estas extrañas bestias, crearon otras entidades artificiales de un poder y una energía tan tremendos que se insinuaba veladamente que algunas de ellas se han mantenido en existencia hasta el día de hoy, aunque hayan transcurrido más de once mil años desde el cataclismo que sepultó a sus amos originales. La terrible diosa india cuyos devotos se veían impelidos a cometer en su nombre los espantosos crímenes del Thuggee —la horrenda Kâlî, venerada hasta hoy con ritos demasiado abominables para describirlos— bien podría ser una reliquia de un sistema que hubo que arrasar incluso al precio de la sumersión de un continente y de la pérdida de sesenta y cinco millones de vidas humanas.

3. *Artificiales humanos.*

Hemos de considerar ahora una clase de entidades que, aunque comprende un número muy escaso de individuos, ha adquirido, por su vinculación íntima con uno de los grandes movimientos de los tiempos modernos, una importancia del todo desproporcionada a su número. Resulta dudoso si debería figurar bajo la primera o la tercera de nuestras divisiones principales; pero, aunque ciertamente humana, se halla tan alejada del curso de la evolución ordinaria, es de tal modo enteramente producto de una voluntad ajena a la suya propia, que quizá encaje con más naturalidad entre los seres artificiales. El modo más sencillo de describirla será comenzar por su historia, y para ello hemos de volver una vez más la mirada a la gran raza atlante. Al pensar en los Adeptos y en las escuelas de ocultismo de aquel notable pueblo, nuestra mente vuelve instintivamente a las prácticas malignas de las que tanto se habla en relación con sus últimos días; pero no debemos olvidar que, antes de esa era de egoísmo y degradación, la poderosa civilización de la Atlántida había

dado mucho fruto noble y digno de admiración, y que entre sus líderes hubo algunos que hoy se hallan en las más elevadas cumbres alcanzadas todavía por el hombre. Entre las logias de estudio oculto, preliminares a la iniciación, fundadas por los Adeptos de la buena Ley, había una en cierta parte de América tributaria entonces de uno de los grandes monarcas atlantes, «los Divinos Gobernantes de la Puerta de Oro»; y aunque ha atravesado muchas y extrañas vicisitudes, aunque ha tenido que trasladar su sede de un país a otro a medida que cada uno de ellos era invadido a su vez por los elementos discordantes de una civilización posterior, esa logia sigue existiendo aún hoy, observando todavía el mismo ritual de un mundo antiguo, y enseñando incluso, como lengua sagrada y oculta, la misma lengua atlante que se usaba en su fundación hace tantos miles de años. Sigue siendo lo que fue desde un principio: una logia de ocultistas de fines puros y filantrópicos, capaz de conducir a los estudiantes que juzga dignos una distancia nada desdeñable por el camino del conocimiento, y que otorga los poderes psíquicos que está en su mano conceder solo tras las pruebas más rigurosas acerca de la idoneidad del candidato. Sus maestros no se hallan al nivel de Adepto, y sin embargo cientos de personas han aprendido a través de ella a poner los pies en el Sendero que las ha conducido al Adeptado en vidas posteriores; y aunque no está en comunicación directa con la Hermandad del Himalaya, hay entre esta algunos que estuvieron ellos mismos vinculados a ella en encarnaciones anteriores, y que por ello conservan un interés más que ordinariamente cordial por sus actividades.

Los jefes de esta logia, aunque siempre se han mantenido, junto con su sociedad, estrictamente en un segundo plano, han hecho no obstante lo que han podido, de cuando en cuando, por favorecer el progreso de la verdad en el mundo, y hace ya medio siglo, desesperados ante el desenfrenado materialismo que parecía ahogar toda espiritualidad en Europa y América, decidieron intentar combatirlo por medios algo novedosos: en concreto, ofrecer ocasiones en que cualquier hombre razonable pudiera adquirir una prueba absoluta de esa vida al margen del cuerpo físico que la

ciencia tendía a negar. Los fenómenos exhibidos no eran en sí mismos absolutamente nuevos, pues de una u otra forma se tiene noticia de ellos a lo largo de toda la historia; pero su organización definida —su producción, por así decirlo, por encargo— sí eran rasgos claramente nuevos para el mundo moderno. El movimiento que así pusieron en marcha fue creciendo hasta convertirse en el vasto tejido del espiritismo moderno, y aunque quizá sería injusto hacer a los promotores del plan directamente responsables de muchos de los resultados que se han seguido, hemos de admitir que lograron su propósito hasta el punto de convertir a un número inmenso de personas de la creencia en nada en particular a una fe firme en, al menos, algún tipo de vida futura. Se trata, sin duda, de un resultado magnífico, aunque, en opinión de muchos de aquellos cuyo poder y conocimiento les permiten tomar de tales asuntos una visión más amplia que la nuestra, se ha alcanzado a un precio demasiado alto, ya que a su juicio, en conjunto, el daño causado supera al bien. El método adoptado consistía en tomar a alguna persona corriente después de la muerte, despertarla plenamente en el plano astral, instruirla hasta cierto punto en los poderes y posibilidades propios de él, y ponerla luego al frente de un círculo espiritista. Esta, a su vez, «desarrollaba» a otras personalidades difuntas por la misma vía; todas ellas actuaban sobre quienes asistían a sus sesiones, y las «desarrollaban» como médiums; y así el espiritismo creció y floreció. Sin duda, miembros vivos de la logia original se manifestaron ocasionalmente en forma astral en algunos de estos círculos —quizá lo hagan todavía hoy—; pero en la mayoría de los casos se limitaban a impartir la dirección y orientación que juzgaban necesarias a las personas que habían puesto a cargo. No cabe mucha duda de que el movimiento creció con tanta más rapidez de la que esperaban que pronto escapó por completo a su control, de modo que, como ya se ha dicho, de muchos de sus desarrollos posteriores solo puede hacérseles responsables indirectamente.

Desde luego, la intensificación de la vida en el plano astral en aquellas personas puestas así al frente de los círculos retrasaba

claramente su progreso natural; y aunque la idea había sido que lo perdido de este modo quedaría plenamente compensado por el buen Karma ganado al ayudar a conducir a otros hacia la verdad, pronto se comprobó que era imposible servirse de un «guía espiritual» durante mucho tiempo sin causarle un daño grave y permanente. En algunos casos, por tanto, tales «guías» eran retirados y sustituidos por otros; en otros se consideró, por diversas razones, indeseable hacer semejante cambio, y entonces se adoptó un recurso verdaderamente notable, que dio origen a la curiosa clase de criaturas que hemos llamado «artificiales humanos». Se permitía que los principios superiores del «guía» original prosiguieran su evolución, tanto tiempo demorada, hacia la condición devachánica, pero de la sombra que dejaba tras de sí se tomaba posesión, se la sostenía y se operaba sobre ella de modo que apareciese, ante el círculo que la admiraba, prácticamente igual que antes. Al principio, parece que esto lo hacían los propios miembros de la logia, pero, al parecer, tal disposición resultaba engorrosa o inadecuada, o quizá se la consideró un derroche de fuerza, y la misma objeción se aplicaba al empleo, con este fin, de un elemental artificial; de modo que finalmente se decidió que la persona difunta que hubiera sido designada para suceder al difunto «guía espiritual» siguiera haciéndolo, pero tomando posesión de la sombra o cascarón de este último, y limitándose, en efecto, a vestir su apariencia. Se dice que algunos miembros de la logia objetaron a esto alegando que, aunque el propósito pudiera ser enteramente bueno, comportaba cierto grado de engaño; pero la opinión general parece haber sido que, dado que la sombra era en realidad la misma, y contenía en todo caso algo del Manas inferior original, no había en ello nada que pudiera calificarse de engaño. Este fue, pues, el origen de la entidad artificial humana, y se sabe que en algunos casos se ha hecho más de un cambio de esta índole sin despertar sospechas, aunque, por otra parte, algunos investigadores del espiritismo han observado que, tras un lapso considerable de tiempo, de pronto se hacían perceptibles ciertas diferencias en el modo de ser y la disposición de un «espíritu». Huelga decir que ningún miembro de la Hermandad de los Adeptos ha aprobado jamás la formación de una entidad

artificial de esta clase, aunque no podían impedírselo a quien juzgara acertado tomar semejante camino. Un punto débil de este recurso es que muchos otros, además de la logia original, pueden adoptar este plan, y no hay nada en absoluto que impida a los magos negros suministrar «espíritus» comunicantes, como en efecto se sabe que han hecho.

Con esta clase concluimos nuestro repaso de los habitantes del plano astral. Con las salvedades hechas expresamente unas páginas más atrás, el catálogo puede darse por bastante completo; pero ha de subrayarse una vez más que este tratado no pretende sino esbozar el más somero esquema de un asunto vastísimo, cuya elaboración detallada exigiría toda una vida de estudio y arduo trabajo.

FENÓMENOS

Aunque en el curso de este trabajo se han mencionado y explicado hasta cierto punto diversos fenómenos superfísicos, quizá convenga, antes de concluir, recapitular hasta el punto de ofrecer una lista de los que con mayor frecuencia encuentra el estudiante de estos temas, y mostrar por cuál de los agentes que hemos intentado describir suelen ser causados. Los recursos del mundo astral, sin embargo, son tan variados que casi cualquier fenómeno que conocemos puede producirse de varias maneras distintas, de modo que en esta materia solo es posible establecer reglas generales.

Las apariciones o fantasmas ofrecen un ejemplo muy claro de lo que acaba de decirse, pues, en el sentido laxo en que suelen emplearse estas palabras, pueden representar a casi cualquier habitante del plano astral. Desde luego, las personas psíquicamente desarrolladas ven constantemente cosas de esta índole, pero para que una persona corriente «vea un fantasma», como reza la expresión común, ha de suceder una de dos cosas: o bien ese fantasma ha de materializarse, o bien esa persona ha de tener un destello pasajero de percepción psíquica. Si no fuera porque ninguno de estos dos sucesos es frecuente, nos encontraríamos fantasmas por nuestras calles con la misma frecuencia que a personas vivas.

FANTASMAS DE CEMENTERIO

Si se ve un fantasma rondando una tumba, probablemente se trate del cascarón etérico de una persona recién enterrada, aunque *puede* ser también el cuerpo astral de un hombre vivo que, durante

el sueño, ronda la tumba de un amigo; o bien, de nuevo, puede ser una forma-pensamiento materializada, es decir, un elemental artificial creado por la energía con que un hombre se imagina presente en ese lugar concreto. Cualquiera acostumbrado a usar la visión astral distinguiría con facilidad estas variedades unas de otras, pero una persona sin práctica probablemente las llamaría a todas, vagamente, «fantasmas».

APARICIONES DE MORIBUNDOS

Las apariciones en el momento de la muerte no son en absoluto infrecuentes, y con mucha frecuencia son en realidad visitas hechas por la forma astral del moribundo justo antes de lo que elegimos llamar el momento de la disolución; aunque también aquí es muy posible que se trate de formas-pensamiento suscitadas por su sincero deseo de volver a ver a algún amigo antes de pasar a una condición desconocida.

LUGARES ENCANTADOS

Las apariciones en el lugar donde se cometió algún crimen son por lo general formas-pensamiento proyectadas por el criminal, quien, vivo o muerto, pero muy especialmente cuando ha muerto, no cesa de recorrer una y otra vez con el pensamiento las circunstancias de su acción; y puesto que tales pensamientos son naturalmente especialmente vívidos en su mente en el aniversario del crimen original, con frecuencia es solo en esa ocasión cuando los elementales artificiales que crea son lo bastante fuertes para materializarse ante la vista ordinaria, hecho que explica la periodicidad de algunas manifestaciones de esta clase. Otro punto en relación con tales fenómenos es que, siempre que se ha producido una tremenda perturbación mental, siempre que se ha sentido un terror, un dolor, una pena, un odio abrumadores, o en verdad cualquier clase de pasión intensa, se ha producido en la luz astral una impresión de un carácter tan marcado que una persona, aun con el más leve destello de facultad psíquica, no puede menos que sentirse profundamente impresionada por ella, y bastaría un ligero y pasajero aumento de sensibilidad para permitirle visualizar la

escena entera, ver el suceso en todo su detalle desarrollándose al parecer ante sus ojos; y en tal caso, desde luego, esa persona referiría que el lugar estaba encantado y que había visto un fantasma. En efecto, las personas que todavía son incapaces de ver psíquicamente bajo ninguna circunstancia se sienten con frecuencia muy desagradablemente impresionadas al visitar lugares como los que hemos mencionado; hay muchas, por ejemplo, que se sienten incómodas al pasar por el emplazamiento del Tyburn Tree, o que no pueden permanecer en la Cámara de los Horrores de Madame Tussaud, aunque no sean en absoluto conscientes de que su malestar se debe a las terribles impresiones que, en la luz astral, rodean a los lugares y objetos cargados de horror y de crimen, y a la presencia de las repugnantes entidades astrales que siempre pululan en torno a tales centros.

FANTASMAS FAMILIARES

El fantasma familiar, que solemos hallar en los relatos convencionales de lo sobrenatural como aditamento del castillo feudal, puede ser bien una forma-pensamiento, bien una impresión de una vivacidad inusual en la luz astral, o bien, de nuevo, puede tratarse en realidad de un antepasado atado a la tierra que todavía ronda los lugares en los que se centraron sus pensamientos y esperanzas durante su vida.

CAMPANAS QUE SUENAN, PIEDRAS QUE CAEN, ETC.

Ya se ha hecho referencia a otra clase de fenómenos que toman la forma de campanas que suenan, piedras que caen o vajilla que se rompe, y que es casi invariablemente obra de fuerzas elementales, puestas en movimiento a ciegas por los torpes esfuerzos de una persona ignorante que trata de atraer la atención de los amigos que le sobreviven, o empleadas intencionadamente por algún espíritu de la naturaleza travieso como un niño.

HADAS

Los espíritus de la naturaleza son también responsables de cuanto de verdad pueda haber en todas las extrañas historias de hadas tan

comunes en ciertas comarcas del país. A veces, un acceso pasajero de clarividencia, que no es en absoluto raro entre los habitantes de regiones montañosas y solitarias, permite a algún caminante rezagado contemplar sus alegres retozos; a veces se gastan extrañas travesuras a alguna víctima aterrada, y se arroja sobre ella un hechizo que la hace, por ejemplo, ver casas y gentes donde sabe que en realidad no existe ninguna. Y esto no es a menudo una mera ilusión momentánea, pues a veces un hombre atraviesa toda una larga serie de aventuras imaginarias, pero de lo más llamativas, y luego, de pronto, descubre que todo aquel brillante entorno se ha desvanecido en un instante, dejándolo de pie en algún valle solitario o en algún páramo azotado por el viento. Por otra parte, en modo alguno es prudente aceptar como fundadas en hechos todas las leyendas populares sobre este asunto, pues la más burda superstición se mezcla con frecuencia en las teorías del campesinado acerca de estos seres, como demostró un terrible caso reciente de asesinato en Irlanda.

A estas mismas entidades ha de atribuirse buena parte de lo que se llama fenómenos físicos en las sesiones espiritistas; en efecto, más de una sesión ha sido dada enteramente por estas criaturas traviesas, y una actuación semejante bien puede incluir muchos elementos de lo más llamativo, como la respuesta a preguntas y la entrega de mensajes fingidos mediante golpes o inclinaciones de la mesa, la exhibición de «luces espiritistas», el aporte de objetos desde la distancia, la lectura de pensamientos presentes en la mente de cualquiera de los asistentes, la precipitación de escritos o dibujos, e incluso materializaciones. De hecho, los espíritus de la naturaleza, por sí solos, si alguno de ellos se sintiera dispuesto a tomarse la molestia, podrían ofrecer una sesión equiparable a la más asombrosa de las que se leen; pues, aunque puede haber ciertos fenómenos que no les resultara fácil reproducir, su maravilloso poder de hechizo les permitiría sin dificultad convencer a todo el círculo de que también esos fenómenos habían tenido lugar debidamente, a menos, claro está, que estuviera presente un observador experto que entendiera sus artes y supiera cómo desbaratarlas. Como regla

general, siempre que en una sesión se hacen bromas necias o se gastan burlas pesadas, podemos inferir la presencia bien de espíritus de la naturaleza de clase baja, bien de seres humanos que fueron, durante su vida, de un tipo lo bastante degradado como para hallar placer en actuaciones tan idiotas.

ENTIDADES QUE SE COMUNICAN

En cuanto a las entidades que pueden «comunicarse» en una sesión, o poseer a un médium en trance y hablar a través de él, su nombre es sencillamente legión; apenas hay una sola clase, entre todos los variados habitantes del plano astral, de cuyas filas no puedan proceder, aunque, tras las explicaciones dadas, se comprenderá fácilmente que las probabilidades están muy en contra de que procedan de una clase elevada. Un «espíritu» que se manifiesta *puede* ser exactamente lo que dice ser, pero, en conjunto, lo probable es que no lo sea en absoluto; y para el asistente corriente no existe medio alguno de distinguir lo verdadero de lo falso, ya que el grado en que un ser que dispone de todos los recursos del plano astral puede engañar a una persona en el plano físico es tan grande que no puede confiarse ni siquiera en lo que parece la prueba más convincente. Si algo se manifiesta anunciándose como el hermano largamente perdido de un hombre, este no puede tener certeza alguna de que su pretensión sea legítima; si le cuenta algún hecho conocido solo por ese hermano y por él mismo, sigue sin convencerse, pues sabe que fácilmente podría haber leído la información en su propia mente, o en su entorno en la luz astral; e incluso si va todavía más lejos y le cuenta algo relacionado con su hermano de lo que él mismo no tenía noticia, pero que después verifica, sigue dándose cuenta de que también esto podría haberse leído en el registro astral, o de que lo que tiene ante sí puede ser solo la sombra de su hermano, poseída así de su memoria sin ser él mismo en modo alguno. No se niega en absoluto que en ocasiones se hayan hecho comunicaciones importantes en sesiones por entidades que, en tales casos, fueron precisamente lo que decían ser; lo único que se sostiene es que resulta del todo imposible para la persona corriente que visita una

sesión llegar a tener jamás la certeza de que no está siendo cruelmente engañada de una u otra de media docena de maneras distintas.

Ha habido unos pocos casos en que miembros de la logia de ocultistas antes mencionada como origen del movimiento espiritista han impartido ellos mismos, a través de un médium, una serie de enseñanzas valiosas sobre temas de hondo interés, pero esto ha sucedido invariablemente en sesiones estrictamente privadas y familiares, no en actuaciones públicas por las que se hubiera pagado dinero.

RECURSOS ASTRALES

Para comprender los métodos por los que se produce una amplia clase de fenómenos físicos, es necesario hacerse alguna idea de los diversos recursos antes mencionados, que una persona que funciona en el plano astral encuentra a su disposición; y esta es una rama del asunto que no resulta en absoluto fácil de aclarar, sobre todo por hallarse cercada de ciertas restricciones obviamente necesarias. Quizá nos ayude recordar que el plano astral puede considerarse, en muchos sentidos, como una mera extensión del físico, y la idea de que la materia puede asumir el estado etérico (en el cual, aunque intangible para nosotros, sigue siendo puramente físico) puede servirnos para mostrar cómo uno se funde en el otro. De hecho, en la concepción hindú de Jagrat, o «el estado de vigilia», los planos físico y astral aparecen combinados, correspondiendo sus siete subdivisiones a las cuatro condiciones de la materia física y a las tres grandes divisiones de la materia astral explicadas más arriba. Con esta idea en mente resulta fácil dar un paso más y captar la noción de que la visión astral, o más bien la percepción astral, puede definirse, desde cierto punto de vista, como la capacidad de recibir un número enormemente mayor de conjuntos diferentes de vibraciones. En nuestros cuerpos físicos, un pequeño conjunto de vibraciones lentas nos resulta perceptible como sonido; otro pequeño conjunto de vibraciones mucho más rápidas nos afecta como luz; y otro más, como acción eléctrica; pero existen inmensos

números de vibraciones intermedias que no producen resultado alguno que nuestros sentidos físicos puedan captar. Ahora bien, fácilmente se comprenderá que, si todas estas vibraciones intermedias, o aun solo algunas de ellas, con todas las complicaciones que puedan producir las diferencias de longitud de onda, resultan perceptibles en el plano astral, nuestra comprensión de la naturaleza podría verse enormemente acrecentada en ese nivel, y podríamos llegar a adquirir mucha información que ahora nos está oculta.

CLARIVIDENCIA

PREVISIÓN Y SEGUNDA VISTA

Se admite que algunas de ellas atraviesan la materia sólida con perfecta facilidad, lo cual nos permite dar cuenta científicamente de algunas de las peculiaridades de la visión astral, aunque las mentes a las que seduce la teoría de la cuarta dimensión encuentran en ella una explicación más precisa y completa. Es evidente que la mera posesión de esta visión astral por parte de un ser bastaría para explicar su capacidad de producir muchos resultados que nos parecen sumamente asombrosos —como, por ejemplo, la lectura de un pasaje de un libro cerrado—; y si recordamos, además, que esta facultad incluye el poder de leer el pensamiento en toda su plenitud, y también, combinada con el conocimiento de la proyección de corrientes en la luz astral, el de observar un objeto deseado en casi cualquier parte del mundo, vemos que buena parte de los fenómenos de la clarividencia resultan explicables incluso sin elevarse por encima de este nivel. Desde luego, la clarividencia verdadera, adiestrada y absolutamente fiable pone en juego un conjunto de facultades enteramente distinto, pero como estas pertenecen a un plano superior al astral, no forman parte de nuestro asunto actual. La facultad de la previsión exacta, por su parte, pertenece por entero a ese plano superior, y sin embargo destellos o reflejos de ella se muestran con frecuencia a la vista puramente astral, sobre todo entre las personas de espíritu sencillo que viven

en condiciones propicias para ello: siendo la llamada «segunda vista» de los montañeses de Escocia un ejemplo bien conocido.

Otro hecho que no debe olvidarse es que todo habitante inteligente del plano astral no solo es capaz de percibir estas vibraciones etéricas, sino que también puede —si ha aprendido cómo hacerlo— adaptarlas a sus propios fines o ponerlas él mismo en movimiento.

FUERZAS ASTRALES

CORRIENTES ETÉRICAS

PRESIÓN ETÉRICA

ENERGÍA LATENTE

VIBRACIÓN SIMPÁTICA

Se comprenderá fácilmente que las fuerzas superfísicas y los métodos para manejarlas no son materias sobre las que pueda escribirse mucho para su publicación por el momento, aunque hay razones para suponer que no pasará demasiado tiempo antes de que, al menos, algunas aplicaciones de una o dos de ellas lleguen a ser conocidas por el mundo en general; pero acaso sea posible, sin traspasar los límites de lo permisible, dar de ellas una idea suficiente para mostrar a grandes rasgos cómo se producen ciertos fenómenos. Todos cuantos tienen bastante experiencia de las sesiones espiritistas en que se producen resultados físicos habrán visto alguna vez pruebas del empleo de una fuerza prácticamente irresistible en, por ejemplo, el desplazamiento instantáneo de pesos enormes, y cosas por el estilo; y si son de temperamento científico, quizá se hayan preguntado de dónde se obtenía esa fuerza y cuál era la palanca empleada. Como suele ocurrir con los fenómenos astrales, hay varias maneras en que pudo realizarse este trabajo, pero bastará por ahora con apuntar cuatro. En primer lugar, existen grandes corrientes etéricas que barren constantemente la superficie de la tierra de polo a polo con un caudal que hace su poder tan irresistible como el de la marea creciente, y hay métodos por los cuales esta fuerza portentosa puede utilizarse con seguridad,

aunque los intentos torpes de dominarla estarían cargados de un peligro espantoso. En segundo lugar, está lo que mejor puede describirse como una presión etérica, en cierto modo correspondiente a la presión atmosférica, aunque inmensamente mayor que ella. En la vida ordinaria somos tan poco conscientes de una de estas presiones como de la otra, pero ambas existen no obstante, y si la ciencia pudiera vaciar el éter de un espacio dado, tal como puede vaciar el aire, la una podría demostrarse con la misma facilidad que la otra. La dificultad de hacerlo radica en que la materia en estado etérico interpenetra libremente la materia en todos los estados inferiores a ella, de modo que no existe todavía, dentro del conocimiento de nuestros físicos, medio alguno de aislar un cuerpo dado de éter del resto. El Ocultismo práctico, sin embargo, enseña cómo puede hacerse esto, y así puede ponerse en juego la tremenda fuerza de la presión etérica. En tercer lugar, hay una vasta reserva de energía potencial que ha quedado latente en la materia durante la involución de lo sutil en lo denso, y cambiando el estado de la materia puede liberarse y utilizarse parte de ella, de un modo semejante a como la energía latente en forma de calor puede liberarse mediante un cambio en el estado de la materia visible. En cuarto lugar, muchos resultados sorprendentes, tanto grandes como pequeños, pueden producirse mediante una extensión del principio que cabe describir como el de la vibración simpática. Las ilustraciones tomadas del plano físico suelen desvirtuar más que aclarar los fenómenos astrales, porque nunca pueden ser sino parcialmente aplicables; pero el recuerdo de dos hechos sencillos de la vida ordinaria puede ayudar a esclarecer esta importante rama de nuestro asunto, siempre que tengamos cuidado de no llevar la analogía más allá de donde resulte válida. Es bien sabido que si se hace vibrar vigorosamente una de las cuerdas de un arpa, su movimiento suscitará vibraciones simpáticas en las cuerdas correspondientes de cuantas arpas se hallen colocadas a su alrededor, siempre que estén afinadas exactamente en el mismo tono. También es bien sabido que cuando un gran número de soldados cruza un puente colgante es necesario que rompan el paso, puesto que la perfecta regularidad de su marcha ordinaria produciría

en el puente una vibración que se intensificaría con cada paso que dieran, hasta rebasar el punto de resistencia del hierro, momento en el cual toda la estructura se haría pedazos. Con estas dos analogías presentes en la mente (sin olvidar nunca que son solo parciales) puede resultar más comprensible que quien sabe exactamente a qué ritmo iniciar sus vibraciones —quien conoce, por así decirlo, el tono fundamental de la clase de materia que desea afectar— sea capaz, haciendo sonar ese tono fundamental, de suscitar un número inmenso de vibraciones simpáticas. Cuando esto se hace en el plano físico no se desarrolla energía adicional; pero en el plano astral existe esta diferencia: que la materia con la que estamos tratando es mucho menos inerte, de modo que, al ser puesta en acción por estas vibraciones simpáticas, añade su propia fuerza viva al impulso original, el cual puede así multiplicarse muchas veces; y luego, mediante la repetición rítmica ulterior del impulso original, como en el caso de los soldados que marchan sobre el puente, las vibraciones pueden intensificarse tanto que el resultado resulta del todo desproporcionado, en apariencia, a la causa. En efecto, puede decirse que apenas hay límite a los logros concebibles de esta fuerza en manos de un gran Adepto que comprenda plenamente sus posibilidades; pues la construcción misma del Universo no fue sino el resultado de las vibraciones suscitadas por la Palabra Pronunciada.

MANTRAS

La clase de mantras o conjuros que producen su resultado no mediante el control de algún elemental, sino por la simple repetición de ciertos sonidos, dependen también para su eficacia de esta acción de la vibración simpática.

DESINTEGRACIÓN

El fenómeno de la desintegración también puede producirse mediante la acción de vibraciones extremadamente rápidas, que vencen la cohesión de las moléculas del objeto sobre el que se opera. Un ritmo de vibraciones aún más elevado, y de un tipo algo distinto, separará esas moléculas en sus átomos constitutivos. Un cuerpo reducido por estos medios a la condición etérica puede ser

trasladado por una corriente astral de un lugar a otro con grandísima rapidez; y en el instante en que se retira la fuerza que se ha ejercido para ponerlo en ese estado, la presión etérica lo obligará a recobrar su forma original. Es de este modo como a veces se traen a las sesiones espiritistas objetos casi instantáneamente desde grandes distancias, y es evidente que, una vez desintegrados, podrían pasar con perfecta facilidad a través de cualquier sustancia sólida, como, por ejemplo, la pared de una casa o el costado de una caja cerrada con llave, de modo que lo que comúnmente se llama «el paso de la materia a través de la materia» resulta, bien entendido, tan sencillo como el paso del agua a través de un tamiz, o el de un gas a través de un líquido en algún experimento químico.

MATERIALIZACIÓN

Puesto que es posible, mediante una alteración de las vibraciones, cambiar la materia del estado sólido al etérico, se comprenderá que también es posible invertir el proceso y llevar la materia etérica al estado sólido. Así como el primer proceso explica el fenómeno de la desintegración, el segundo explica el de la materialización; y del mismo modo que en el primer caso es necesario un esfuerzo continuado de voluntad para impedir que el objeto recobre su forma original, así también, exactamente igual, en este segundo fenómeno es necesario un esfuerzo continuado para impedir que la materia materializada recaiga en la condición etérica. En las materializaciones que se ven en una sesión ordinaria, la materia que se necesita se toma prestada, en la medida de lo posible, del doble etérico del médium —operación perjudicial para su salud, y también indeseable por otros varios motivos—; y esto explica el hecho de que la forma materializada suela quedar estrictamente confinada a las inmediaciones del médium, y esté sujeta a una atracción que la arrastra constantemente de vuelta hacia el cuerpo del que procede, de suerte que, si se la mantiene alejada del médium demasiado tiempo, la figura se desmorona, y la materia que la componía, al volver a la condición etérica, se precipita instantáneamente hacia su origen.

POR QUÉ SE REQUIERE OSCURIDAD

FOTOGRAFÍAS ESPIRITISTAS

Se hará ahora manifiesta la razón por la que los seres que dirigen una sesión encuentran más fácil operar en la oscuridad o con una luz muy tenue, ya que su poder resultaría por lo general insuficiente para mantener unida una forma materializada, o incluso una «mano espiritista», más de unos pocos segundos en medio de las intensas vibraciones que suscita una luz brillante. Los asiduos a las sesiones habrán advertido sin duda que las materializaciones son de tres clases: primera, las que son tangibles pero no visibles; segunda, las que son visibles pero no tangibles; y tercera, las que son visibles y tangibles a la vez. A la primera clase, con mucho la más frecuente, pertenecen las manos espiritistas invisibles que tan a menudo acarician el rostro de los asistentes o llevan pequeños objetos de un lado a otro de la sala, así como los órganos vocales de los que procede la «voz directa». En este caso se emplea un orden de materia que no puede reflejar ni obstruir la luz, pero que es capaz, bajo ciertas condiciones, de suscitar en la atmósfera vibraciones que nos afectan como sonido. Una variante de esta clase es el tipo de materialización parcial que, aunque incapaz de reflejar luz alguna que podamos ver, es sin embargo capaz de afectar a algunos de los rayos ultravioleta, y puede por ello producir en la cámara fotográfica una impresión más o menos definida, proporcionándonos así lo que se conoce como «fotografías espiritistas». Cuando no se dispone de poder suficiente para producir una materialización perfecta obtenemos a veces la forma de aspecto vaporoso que constituye nuestra segunda clase, y en tal caso los «espíritus» suelen advertir a sus asistentes que no deben tocarse las formas que aparecen. En el caso, más raro, de una materialización completa, hay poder suficiente para mantener unida, al menos durante unos instantes, una forma que puede verse y tocarse a la vez.

Cuando un Adepto o discípulo se ve en la necesidad, por cualquier motivo, de materializar su Mâyâvirûpa o su cuerpo astral, no recurre ni a su propio doble etérico ni al de nadie más, puesto que se le ha

enseñado a extraer la materia que necesita directamente de la luz astral, o incluso del Âkâsha.

REDUPLICACIÓN

Otro fenómeno estrechamente relacionado con esta parte de nuestro asunto es el de la reduplicación, que se produce formando simplemente en la luz astral una imagen mental perfecta del objeto que se ha de copiar, y reuniendo luego en torno a ese molde la materia física necesaria. Naturalmente, para ello es preciso tener presente con exactitud y de manera simultánea cada partícula, tanto interior como exterior, del objeto que se va a duplicar, por lo cual este fenómeno es de los que exigen un considerable poder de concentración para llevarse a cabo. Las personas incapaces de reducir directamente de la luz astral la materia necesaria la han tomado prestada a veces del material del objeto original, el cual, en tal caso, vería reducido su peso en la medida correspondiente.

PRECIPITACIÓN

Leemos bastante, en la literatura teosófica, acerca de la precipitación de cartas o imágenes. Este resultado, como todo lo demás, puede obtenerse de varias maneras. Un Adepto que deseara comunicarse con alguien podría colocar ante sí una hoja de papel, formar una imagen de la escritura que deseaba que apareciese en ella, y extraer de la luz astral la materia con que objetivar esa imagen; o bien, si así lo prefería, le resultaría igual de fácil producir el mismo resultado sobre una hoja de papel que estuviese ante su correspondiente, fuera cual fuese la distancia que los separase. Un tercer método, que por ahorrar tiempo se adopta con mucha más frecuencia, consiste en imprimir todo el contenido de la carta en la mente de algún discípulo, dejándole a él el trabajo mecánico de la precipitación. Ese discípulo tomaría entonces su hoja de papel y, imaginando que veía en ella la carta escrita de mano de su Maestro, procedería a objetivar la escritura del modo antes descrito. Si le resultaba difícil realizar simultáneamente las dos operaciones de extraer su materia de la luz astral y precipitar la escritura sobre el papel, podía tener a su lado, sobre la mesa, tinta corriente o una

pequeña cantidad de polvo coloreado, que, al ser ya materia física, podía aprovecharse con mayor facilidad.

Es evidente, desde luego, que la posesión de este poder sería un arma muy peligrosa en manos de una persona sin escrúpulos, puesto que resulta igual de fácil imitar la letra de un hombre que la de otro, y sería imposible detectar por ningún medio ordinario una falsificación cometida de este modo. Un discípulo definitivamente vinculado a un Maestro cuenta siempre con una prueba infalible por la que sabe si un mensaje emana realmente de ese Maestro o no, pero para los demás la prueba de su origen ha de residir siempre únicamente en el contenido de la carta y en el espíritu que la anima, ya que la letra, por hábilmente que se imite, carece de todo valor como testimonio.

En cuanto a la rapidez, un discípulo nuevo en el trabajo de la precipitación probablemente solo sería capaz de imaginar unas pocas palabras a la vez, por lo que avanzaría apenas más deprisa que si escribiera su carta del modo ordinario; pero una persona más experimentada, capaz de visualizar de una vez toda una página, o quizá la carta entera, llevaría a cabo su tarea con mucha más facilidad. Es de este modo como a veces se producen en una sesión, en cuestión de segundos, cartas bastante extensas.

Cuando lo que hay que precipitar es una imagen, el método es exactamente el mismo, salvo que aquí es absolutamente necesario visualizar de una vez la escena entera, y si se requieren muchos colores está, además, la complicación adicional de fabricarlos, mantenerlos separados y reproducir con exactitud los matices precisos de la escena que se ha de representar. Es evidente que aquí hay campo para el ejercicio de la facultad artística, y no debe suponerse que todo habitante del plano astral pudiera producir por este método una imagen igualmente buena; un hombre que hubiera sido un gran artista en vida, y que por ello hubiese aprendido a ver y a saber qué buscar, tendría sin duda mucho más éxito que una persona corriente si intentara la precipitación estando en el plano astral tras la muerte.

ESCRITURA EN PIZARRA

La escritura en pizarra, por cuya producción en condiciones controladas se han hecho tan famosos algunos de los más grandes médiums, se produce a veces por precipitación, aunque con mayor frecuencia el fragmento de lápiz encerrado entre las pizarras es guiado por una mano espiritista, de la que solo se materializan las diminutas puntas de los dedos necesarias para asirlo.

LEVITACIÓN

Un fenómeno que tiene lugar ocasionalmente en las sesiones, y con mayor frecuencia entre los yoguis orientales, es el llamado levitación, es decir, el flotar de un cuerpo humano en el aire. Sin duda, cuando esto ocurre en el caso de un médium, a menudo no es sino sostenido por «manos espiritistas»; pero existe otro método, más científico, para realizar esta hazaña, que se emplea siempre en Oriente y ocasionalmente también aquí. La ciencia oculta conoce un medio de neutralizar, o incluso invertir por completo, la atracción de la gravedad, y es evidente que, mediante el uso juicioso de este poder, pueden producirse con facilidad todos los fenómenos de levitación. Fue sin duda por el conocimiento de este secreto por lo que algunas de las naves aéreas de la antigua India y de la Atlántida se elevaban del suelo y se hacían lo bastante ligeras para ser movidas y dirigidas con facilidad; y no es improbable que ese mismo conocimiento de las fuerzas más sutiles de la naturaleza facilitara en gran medida la labor de quienes alzaron los enormes bloques de piedra empleados a veces en la arquitectura ciclópea, o en la construcción de las Pirámides y de Stonehenge.

LUCES ESPIRITISTAS

Con el conocimiento de las fuerzas de la naturaleza que los recursos del plano astral ponen a disposición de sus habitantes, la producción de las llamadas «luces espiritistas» es cosa muy sencilla, ya sean de la variedad suavemente fosforescente o de la deslumbrante y eléctrica, o esos curiosos glóbulos de luz danzante en que tan fácilmente se transforma cierta clase de elementales del

fuego. Puesto que toda luz consiste simplemente en vibraciones del éter, es evidente que cualquiera que sepa cómo suscitar esas vibraciones puede producir con facilidad cualquier clase de luz que desee.

EL MANEJO DEL FUEGO

Es también con la ayuda de la esencia elemental etérica como suele realizarse la notable hazaña de manejar el fuego sin sufrir daño, aunque, como de costumbre, hay otras maneras de conseguirlo. La capa más delgada de sustancia etérica puede manipularse de modo que resulte absolutamente impermeable al calor, y cuando la mano de un médium o de un asistente queda cubierta con ella, puede este recoger carbón encendido o hierro al rojo vivo con total seguridad.

TRANSMUTACIÓN

Ya se ha hecho referencia a la mayoría de los fenómenos propios de la sala de sesiones, pero hay uno o dos de los más raros, propios del mundo exterior, que no deben quedar del todo sin mención en nuestra lista. Se supone comúnmente que la transmutación de los metales no fue sino un sueño de los alquimistas medievales, y sin duda, en la mayoría de los casos, la descripción del fenómeno no era más que un símbolo de la purificación del alma; y sin embargo parece haber ciertos indicios de que en varias ocasiones la llevaron realmente a cabo, y todavía hoy existen en Oriente pequeños magos que aseguran realizarla en condiciones controladas. Sea de ello lo que fuere, es evidente que, puesto que el átomo último es uno y el mismo en todas las sustancias, y solo difieren los modos de su combinación, quienquiera que poseyese el poder de reducir un trozo de metal a la condición atómica y de reordenar sus átomos en alguna otra forma no tendría ninguna dificultad en efectuar la transmutación en la medida que deseara.

REPERCUSIÓN

El principio de la vibración simpática ya mencionado nos proporciona también la explicación de ese fenómeno extraño y poco

conocido llamado repercusión, por medio del cual cualquier lesión infligida, o cualquier marca hecha, al cuerpo astral en el curso de sus andanzas se reproduce en el cuerpo físico. Hallamos huellas de esto en algunos de los testimonios prestados en los procesos por brujería de la Edad Media, en los que no es infrecuente que se afirme que cierta herida infligida a la bruja mientras tomaba la forma de un perro o de un lobo apareció luego en la parte correspondiente de su cuerpo humano. Esa misma extraña ley ha dado lugar a veces a una acusación de fraude del todo injusta contra algún médium, porque, por ejemplo, cierta materia colorante frotada sobre la mano de un «espíritu» materializado se encontró después sobre la mano de aquel; explicándose el hecho porque, en tal caso, como ocurre tan a menudo, el «espíritu» no era sino el cuerpo astral del médium, o acaso incluso su doble etérico, obligado por las influencias que lo guiaban a tomar alguna forma distinta de la suya propia. En efecto, los cuerpos astral y físico están tan íntimamente unidos que es imposible tocar el tono fundamental de uno sin suscitar de inmediato, en el otro, vibraciones exactamente correspondientes.

CONCLUSIÓN

Es de esperar que cualquier lector que haya sentido suficiente interés como para seguir este tratado hasta aquí tenga ya, a estas alturas, una idea general del plano astral y de sus posibilidades, que le permita comprender y situar en su lugar correspondiente, dentro de este esquema, cualesquiera hechos relacionados con él que pueda encontrar en sus lecturas. Aunque no se ha dado sino el bosquejo más somero de un asunto tan vasto, quizá se haya dicho lo suficiente para mostrar la suma importancia de la percepción astral en el estudio de la biología, la física, la química, la astronomía, la medicina y la historia, y el gran impulso que su desarrollo podría dar a todas estas ciencias. Sin embargo, su consecución nunca debe considerarse como un fin en sí misma, puesto que cualquier medio adoptado con ese propósito conduciría inevitablemente a lo que se llama en Oriente el método de desarrollo *laukika* —sistema por el cual se adquieren, en efecto, ciertos poderes psíquicos, pero solo para la personalidad presente—; y como su adquisición no está rodeada de salvaguardia alguna, es sumamente probable que el estudiante haga mal uso de ellos. A esta clase pertenecen todos los sistemas que implican el uso de drogas, la invocación de elementales o las prácticas del Hatha Yoga. El otro método, llamado *lokottara*, consiste en el Raj Yoga o progreso espiritual, y aunque puede ser algo más lento que el anterior, todo cuanto se adquiere por esta vía se gana para la individualidad permanente y no vuelve a perderse jamás, mientras que el cuidado orientador de un Maestro garantiza una seguridad perfecta frente al mal uso del poder, siempre que se obedezcan escrupulosamente sus órdenes. La apertura de la visión

astral debe considerarse, pues, tan solo como una etapa en el desarrollo de algo infinitamente más noble: como un simple paso, y un paso muy pequeño, en ese gran Sendero Ascendente que conduce a los hombres hacia las sublimes alturas del Adeptado, y aun más allá de ellas, a través de gloriosas perspectivas de sabiduría y poder tales como nuestras mentes finitas no pueden todavía concebir.

Sin embargo, que nadie piense que gozar de esta visión más amplia del plano astral sea una bendición sin mezcla, pues sobre aquel en quien se abre esa visión pesan como una carga siempre presente el dolor y la miseria, el mal y la codicia del mundo, hasta el punto de que a menudo se siente inclinado a hacer suya la apasionada invocación de Schiller: «¿Por qué me has arrojado así a la ciudad de los eternamente ciegos, para proclamar tu oráculo con el sentido abierto? ¡Quítame esta triste clarividencia, arranca de mis ojos esta luz cruel! ¡Devuélveme mi ceguera, la feliz oscuridad de mis sentidos; recobra tu terrible don!» Este sentimiento no es quizá antinatural en las primeras etapas del Sendero, pero una visión más elevada y un conocimiento más profundo pronto traen al estudiante la certeza perfecta de que todas las cosas cooperan para el bien final de todos: que

Hora tras hora, como una flor que se abre,
verdad tras verdad ha de desplegarse;
pues el sol puede palidecer y las estrellas fallar,
mas la LEY del BIEN habrá de perdurar.
Su esplendor resplandece y su influjo crece
a medida que se revela la lenta obra de la Naturaleza,
desde el pequeño zoófito hasta los SEÑORES de todo,
a través de kalpas y crores de años.

* * *

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB